

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 45
Un año. 28

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Balliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11. En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21
Un año. 36



Introdujo en su boca la hoja del sable, y en pocos segundos la hizo desaparecer por entero. (Pág. 419, columna 1.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.—Véase el n.º 26).

—Su madre se lo ha dicho, Penni: ¿á qué despertar ódios añejos? Hoy reina la paz entre chilenos y araucanos. Que tenga cuidado mi hermano. Los blancos son numerosos y tienen muchos soldados aguerridos.

—¡Oh! repuso el jefe con una mirada siniestra, estamos seguros de triunfar, *Nieucay-ni amey malghon* (tengo mi ninfa)!

Los indios de alto rango tienen todos la firme creencia de que poseen un genio familiar obligado á obedecerlos.

Doña María fingió que se dejaba convencer por esta razon.

Habia logrado poner al cazador en la pista de la caza que queria perseguir. Poco la importaba

el motivo que le hiciese obedecerla. Sabia perfectamente que el ódio que el jefe esponia como causa, solo era un pretexto, y que la verdadera razon quedaba encerrada en el fondo de su corazon. Aunque doña María lo habia adivinado, no dió á entender que lo sospechaba.

Durante mucho tiempo todavía estuvo hablando de cosas indiferentes con Antinahuel, y luego se retiró á un cuarto que la habia preparado.

Era tarde. Doña María queria marchar al amanecer para Valdivia.

Conocia bastante bien á su antiguo compañero de infancia para saber que el tigre acababa de despertar, y que no tardaria en ponerse en busca de la presa que se le indicaba.

Trascurrió la noche entera sin que el Toqui, sepultado en profundas reflexiones, pensase en tomar un momento de descanso.

XX.

EL MACHÍ (el brujo).

En el mismo dia, una tolderia situada á 120 kilómetros de Arauco, en medio de las montañas

y á orillas del Carampangue, se hallaba entregada á la mayor afliccion.

Las mujeres y los guerreros reunidos delante de un toldo en cuya puerta se hallaba depositado un cadáver sobre una especie de lecho fúnebre, hecho con ramas de árboles, lanzaban gritos y gemidos que se mezclaban con el ruido atronador de los tambores y las flautas, y con el lúgubre acento de los desahorados ladridos de los perros, á quienes enfurecia todo aquel estrépito.

En medio de la multitud, inmóvil junto al cadáver, y como dirigiendo la ceremonia, se hallaba un hombre viejo ya, de elevada estatura, vestido con un traje de mujer, que hacia gestos y contorsiones extravagantes mezcladas con aullidos. Aquel hombre de aspecto feroz era el *machí* ó brujo de la tribu. Sus continuos movimientos y los gritos que lanzaba tenian por objeto defender al cadáver contra los ataques del genio del mal que pretendia apoderarse de él.

A una señal de aquel hombre cesaron la música y los gemidos.

El genio del mal, vencido por el poder del *machí*, habia renunciado á luchar por mas tiempo,

y abandonado el cadáver de que ya no podía apoderarse.

Entonces se volvió el brujo hácia un hombre de facciones altivas y mirada dominadora, que estaba cerca de allí, apoyado en una lanza larga.

—Ulmen de la poderosa tribu de la *Gran Liebre*, le dijo con voz sombría: tu padre, el valeroso jefe que nos ha sido arrebatado por Pillian, no teme ya la influencia del genio malo á quien he obligado á que se aleje, y puede entrar en las afortunadas praderas del Eskannene con los guerreros justos. Todos los ritos se han cumplido, y ha llegado la hora de restituir su cuerpo á la tierra.

—¡Aguárdese! contestó el jefe con viveza. Mi padre ha muerto, pero ¿quien le ha matado? Un guerrero no sucumbe así, en algunas horas, sin que una influencia secreta haya pesado sobre él y venido á secar el manantial de la vida en su corazón. Contéstame, machí inspirado de Pillian, dime el nombre del asesino. Mi corazón está triste y no sentirá alivio sino cuando mi padre esté vengado.

Al oírse estas palabras, pronunciadas con voz fuerte, un estremecimiento recorrió las filas del pueblo reunido y agrupado en torno del cadáver.

El machí, después de haber dejado vagar su mirada sobre los circunstantes, bajó los ojos, cruzó los brazos sobre su pecho, y pareció como que se recogía dentro de sí mismo.

Los araucanos no admiten mas que una sola muerte, la del campo de batalla; no suponen que se pueda perder la vida por accidente ni por enfermedad. En estos dos casos, atribuyen siempre la muerte á la acción de un poder oculto, y están persuadidos de que un enemigo del difunto le ha hecho algun maleficio que le ha dado la muerte. En esta persuasión, en el momento de los funerales los parientes del muerto se dirigen al machí con el fin de que denuncie al asesino. El machí está obligado á designarlo, pues si intentase hacerles comprender que la muerte de su pariente es natural, su furor se volvería inmediatamente contra él y llegaría á ser su víctima.

En tan dura alternativa, el machí se guarda muy bien de vacilar. El asesino es tanto mas fácil de señalar, cuanto que no existe, y el brujo no teme engañarse. Solo que, para hacer de modo que sus intereses esten de acuerdo con los de los parientes que reclaman una víctima, designa á uno de sus propios enemigos particulares á la cólera de los parientes. Cuando lo que rara vez sucede, el machí no tiene enemigos, escoge á la aventura.

El supuesto asesino ú homicida, á despecho de sus protestas de inocencia, es inmolado sin piedad.

Fácilmente se comprende lo peligroso de esta costumbre, la influencia que ha de dar al brujo en la tribu, y de la cual nos vemos obligados á confesar que se abusa sin el menor escrúpulo en todas las circunstancias.

Nuevos personajes, en cuyo número se hallaban Valentin Guillois y su amigo, habian verificado su entrada en la aldea. Atraídos por la curiosidad, se mezclaron con los grupos que estaban parados delante del cadáver.

Los dos franceses no comprendian nada de aquella escena, que su guía les explicó brevemente, y entonces observaron sus diferentes fases con el mayor interés.

—¡Vamos! repuso el Ulmen al cabo de un instante, ¿no sabe mi padre el nombre del hombre á quien debemos pedir cuenta del asesinato?

—¡Le sé! contestó el brujo con voz sombría.

—¿Por qué, pues, el machí inspirado guarda silencio cuando el cadáver clama venganza?

—Porque hay hombres poderosos que se rien de la justicia humana, contestó el adivino mirando esta vez frente á frente al jefe recién llegado.

Los ojos de la multitud se fijaron en aquel á quien el brujo parecía designar indirectamente.

—El culpable, exclamó el Ulmen con fuerza, sea el que quiera su rango en la tribu, no se librará de mi justa venganza. ¡Habla sin temor, adivino! Yo te juro que aquel cuyo nombre pronuncies, recibirá la muerte.

El machí se enderezó. Levantó lentamente el brazo, y en medio de la ansiedad general designó con él al jefe que habia ofrecido tan cordial hospitalidad á los franceses, diciendo con voz alta y vibrante.

—Cumple, pues, tu juramento, Ulmen; hé ahí el asesino de tu padre. *Trangoil Lanec* (baranco profundo) le ha echado el sortilegio que le ha causado la muerte.

Y el machí se veló el rostro con una punta de su poncho, como si la revelación que habia hecho, le hubiese abrumado de dolor.

A las palabras terribles del adivino sucedió entre el pueblo un silencio de sorpresa. *Trangoil Lanec* era el último de la tribu de quien se hubieran atrevido á sospechar. Era amado y venerado de todos por su valor, su franqueza y su generosidad.

Pasado el primer momento de sorpresa, se verificó un gran movimiento entre la multitud. Todos se apartaron del supuesto asesino, quien se quedó solo frente á frente con aquel cuya muerte le acusaban de haber producido.

Trangoil Lanec permaneció impasible. Una sonrisa de desden arqueó sus labios, y se apeó del caballo y aguardó.

El Ulmen se dirigió hácia él lentamente, y cuando hubo llegado á pocos pasos de distancia, le dijo con voz terrible.

—¿Por qué has muerto á mi padre, *Trangoil Lanec*? Te amaba, ¿y yo no era tu Penni?

—No he muerto á tu padre, *Curumilla* (Oro negro), contestó el jefe con un acento de franqueza que hubiera convencido á un hombre menos prevenido en contra suya que aquel á quien se dirigia.

—El machí lo ha dicho.

—¡Miente!

—¡No! el machí no puede mentir! Está inspirado por Pillian. Tú, tu mujer y tus hijos moriréis, pues así lo exige la ley.

El jefe, sin dignarse contestar, tiró sus armas y fué á colocarse cerca del poste de la sangre, plantado delante del toldo de medicina que encierra el ídolo sagrado.

Formóse un círculo, cuyo centro fué el poste. La mujer y los hijos del jefe fueron conducidos allí. Comenzáronse inmediatamente los preparativos del suplicio, pues los funerales del jefe no podian verificarse sin que precediese la ejecución de su asesino.

El machí triunfaba.

Un solo hombre se habia atrevido en varias ocasiones á oponerse á sus dilapidaciones y picardías. Aquel hombre iba á morir, dejándole dueño absoluto de la tribu.

A una señal de *Curumilla*, los indios se apoderaron del jefe, y no obstante el llanto y los sollozos de sus mujeres é hijos, se prepararon á atarle al poste.

Los dos franceses habian asistido al espectáculo de aquel drama infame. Luis estaba indignado al ver la picardía del machí y la credulidad de los indios.

—¡Oh! dijo á su amigo, no podremos dejar que se verifique ese asesinato.

—Ya, murmuró Valentin acariciándose las puntas de su rubio bigote y mirando en torno suyo; pero son numerosos.

—¡Qué importa! repuso Luis con vehemencia, no quiero ser testigo de esta iniquidad. Aunque hubiese de perecer, intentaré salvar á ese desgraciado que nos ha ofrecido tan francamente su amistad.

—A la verdad, dijo Valentin con tono pensativo, que *Trangoil Lanec*, como le llaman, es un hombre honrado, hácia el cual siento vivas simpatías. ¿Pero qué podemos hacer?

—¡Pardiez! exclamó Luis cogiendo sus pistolas, arrojarnos entre él y sus enemigos. Siempre mataremos cada uno cinco ó seis de ellos.

—Sí, y los demás nos matarán, sin que logremos salvar á aquel por quien nos hemos sacrificado. Mal medio es ese. Hagamos otra cosa.

—Apresurémonos, porque va á comenzar el suplicio.

Valentin se dió un golpe en la frente, y dijo de improviso con una sonrisa burlona.

—Sí, solo la astucia puede servirnos. Déjame obrar, que segun creo, mi antiguo oficio de tiritero va á prestarnos auxilio; pero en nombre del cielo, júrame que permanecerás muy tranquilo.

—Te lo juro, si le salvas.

—Descuida, que á pícaro, pícaro y medio, y voy á probar á esos salvajes que soy mas astuto que ellos.

Valentin lanzó su caballo en medio del círculo, y dijo con voz firme:

—Aguarden VV. un momento.

Al ver la aparición imprevista de aquel hombre, en el cual nadie habia reparado todavía, todos se volvieron y le miraron con sorpresa.

Luis, con sus armas en la mano, seguia con ansiedad los movimientos de su amigo, dispuesto á volar en auxilio suyo.

—No hay que chancearse, prosiguió Valentin. No tenemos tiempo para entretenernos. Sois unos imbéciles, y vuestro machí se burla de vosotros. ¡Vaya un modo de proceder que teneis! ¡No os andais en repulgos para dar muerte á un hombre! ¡Caramba! Se me ha metido en la cabeza impedir que hagais una necesidad, y vamos á ver si lo logro.

Y apoyando su puño en su cadera, paseó por la reunión una mirada intrépida.

Los indios, segun su costumbre, habian escuchado aquel discurso singular, sin hacer ni un solo gesto que manifestase su sorpresa.

Curumilla se acercó y dijo al francés:

—Retírese mi hermano pálido: ignora las leyes de los Puelches. Ese hombre está sentenciado y morirá. El machí le ha designado.

—¡Sois unos estúpidos! dijo Valentin encogiéndose de hombros. Tan brujo es vuestro machí como yo soy ahuca. Os repito que se burla de vosotros, y lo probaré si quereis.

—¿Qué dice mi padre? preguntó Curumilla al machí, que se mantenía frio é inmóvil al lado del cadáver.

El adivino se sonrió con desden, y contestó con tono zumbón:

—¿Cuándo han dicho los blancos la verdad? Que pruebe ese lo que sostiene, si puede hacerlo.

—¡Bueno! repuso el Ulmen, el muruche puede hablar.

—¡Pardiez! exclamó el joven, no obstante el imperturbable aplomo de ese hombre, no es difícil probaros que es un impostor.

—¡Aguardamos! dijo Curumilla.

Los indios se acercaron con curiosidad.

Luis no comprendia á donde queria ir á parar su amigo. Adivinaba que una idea extravagante le habia pasado por la mente, y sentia tanta impaciencia como los demás por saber cómo saldría airoso del compromiso que acababa de contraer.

—Aguarden VV. un momento, dijo el machí con seguridad. ¿Qué harán mis hermanos si pruebo que mi acusación es cierta?

—Morirá el extranjero, dijo Curumilla friamente.

—Acepto, dijo Valentin con resolución.

El francés, obligado así á explicarse, se enderezó sobre los estribos, frunció el entrecejo, y ahuecando su voz, dijo:

—¡Yo tambien soy un gran médico!

Los indios se inclinaron con deferencia. La ciencia de los europeos es tan perfectamente considerada entre ellos, que la respetan sin discutirla.

—No es *Trangoil Lanec*, continuó el francés con aplomo, quien ha dado muerte al jefe, sino el mismo machí.

Un estremecimiento de sorpresa y de terror circuló entre todos los circunstantes.

—¡Yo! exclamó el brujo con sorpresa.

—Sí señor, V. mismo, y bien lo sabe V., contestó Valentin, fijando en él una mirada que le hizo estremecer.

—Es inútil, dijo *Trangoil Lanec* con suprema impasibilidad al extranjero, que intervenga en mi favor. Mis hermanos me creen culpable, y á pesar de que soy inocente, debo morir.

—La abnegación de V. es magnífica, pero es absurda, le contestó Valentin.

— Ese hombre es culpable, dijo el machí insistiendo.

— ¡Concluyamos! repuso Trangoil Lanec, déme VV. la muerte.

— ¿Qué dicen mis hermanos? preguntó Curumilla dirigiéndose á la multitud que se estrechaba ansiosa en torno suyo.

— Que el gran médico muruche pruebe la veracidad de sus palabras, contestaron los guerreros todos á una voz.

Amaban á Trangoil Lanec, y deseaban interiormente que no muriese. Por otra parte, profesaban al machí un odio que apenas bastaba á hacerles disimular el terror profundo que les inspiraba.

— ¡Muy bien! repuso Valentin apeándose del caballo. Hé aquí lo que propongo.

Todos se mantuvieron callados.

El parisiense desenvainó su sable y le hizo brillar ante los ojos de la multitud.

— ¿Veis este machete? dijo con aire inspirado. Voy á metérmele en la boca hasta el puño. Si Trangoil Lanec es culpable, moriré. Si es inocente, como yo lo afirmo, Pillian me ayudará y sacaré el sable de mi cuerpo sin haber sufrido herida alguna.

— Mi hermano ha hablado como un guerrero valeroso, dijo Curumilla. Estamos dispuestos.

— ¡No lo permitiré! exclamó Trangoil Lanec. ¿Quiere mi hermano matarse?

— Pillian es justo, contestó Valentin con una sonrisa de indefinible espresion y un aire de convicción perfectamente fingido.

Los dos franceses cambiaron entre sí una mirada.

Los indios son unos niños grandes, para quienes todo espectáculo es una fiesta. La extraordinaria proposición del parisiense les pareció que no admitía réplica.

— ¡La prueba! la prueba! gritaron.

— ¡Vaya! dijo Valentin, que miren mis hermanos.

Entonces se puso en la postura académica adoptada por los titiriteros cuando en las plazas públicas se dedican á aquel ejercicio, luego introdujo en su boca la hoja del sable, y en pocos segundos la hizo desaparecer por entero.

Durante la ejecucion de esta prueba de habilidad, que para ellos era un milagro, los puelches miraban con terror al atrevido parisiense, sin atreverse siquiera á respirar. No comprendían que un hombre verificase tal operacion sin quedar muerto inmediatamente.

Valentin se volvió hácia todos lados, á fin de que los espectadores estuvieran bien seguros de la realidad del hecho. Luego, sin apresurarse lo mas mínimo, sacó la hoja de su boca tan limpia y brillante como la habia sacado de la vaina. Un grito de entusiasmo se exhaló de todos los pechos.

El milagro era evidente.

— Ahora, dijo, tengo que pedir una cosa mas. Se restableció el silencio.

— Os he probado, segun creo, de un modo concluyente é irrecusable, que el jefe no es culpable.

— ¡Sí! sí! exclamaron tumultuosamente. El rostro pálido es un gran médico. Pillian le quiere.

— ¡Muy bien! ahora, añadió con una sonrisa burlona dirigida al brujo, es preciso que vuestro machí pruebe á su vez, que yo le he calumniado y que no es él quien ha dado muerte al Apo-Ulmen de vuestra tribu. El difunto jefe era un guerrero afamado, y se le debe vengar.

— ¡Sí! sí! dijeron los guerreros, se le debe vengar!

— Mi hermano habla bien, observó Curumilla, que el machí haga la prueba.

El desgraciado brujo se vió perdido. Se puso livido. Un sudor frio inundó sus sienes; un temblor convulsivo agitó sus miembros.

— Ese hombre es un impostor, murmuró con voz apagada. ¡Os engaña!

— Puede ser que así sea, dijo Valentin. Entre tanto haga V. la prueba.

— Tómeme V., dijo Curumilla entregando el sable al machí. Si es V. inocente, Pillian le protegerá, lo mismo que ha protegido á mi hermano.

— ¡Caramba! eso es seguro. Pillian protege siempre á los inocentes, y V. va á ser una prueba mas de ello, dijo el parisiense, en quien el carácter del pilluelo prevalecia siempre sobre todo.

El machí dirigió en derredor suyo una mirada llena de desesperacion.

Todos los ojos chispeaban de impaciencia y de curiosidad.

El desgraciado comprendió que de nadie podia aguardar auxilio.

En un instante adoptó su resolucion: quiso morir como habia vivido, engañando á la multitud hasta el momento de exhalar su último suspiro.

— Nada temo, dijo con voz enérgica. Este sable será para mi inofensivo. Quereis que yo verifique la prueba, y obedeceré. ¡Pero tened cuidado! Pillian está encolerizado con vuestra conducta hácia mí, y la humillacion que me imponeis será vengada con calamidades terribles que os abrumanán.

Los puelches se estremecieron y vacilaron al oír estas palabras de su inspirado.

Hacia largo tiempo que tenian por costumbre dar entera fé á sus profecias, y solo con temor se atrevian á tacharle de impostura.

Valentin adivinó lo que pasaba en el corazon de los indios.

— ¡Bien calculado! murmuró contestando con un guiño de ojos á la sonrisa de triunfo del machí. Ahora me toca á mí. Tranquílense mis hermanos, añadió en voz alta y firme, ninguna desgracia les amenaza. Ese hombre habla así porque tiene miedo de morir. Sabe que es culpable y que Pillian no le protegerá.

El machí le lanzó una mirada llena de odio. Cogió el sable y con un gesto rápido como el pensamiento, sepultó la hoja dentro de su garganta.

Un torrente de sangre negra y espumosa surgió de su boca. Abrió los ojos de una manera extraordinaria, agitó los brazos convulsivamente, anduvo dos pasos hácia adelante y cayó de cara al suelo.

Le rodearon inmediatamente. Estaba muerto.

— ¡Que echen á ese perro embustero á los buitres! dijo Curumilla empujándole con el pié con un gesto de desprecio.

— ¡Somos hermanos para toda la vida, hasta la muerte! exclamó Trangoil Lanec abrazando á Valentin.

— ¡Vamos! dijo el joven dirigiendo una sonrisa á su amigo, me parece que no me he manejado mal, ¿eh? Ya ves que, en ciertas circunstancias, es bueno haber probado un poco de todos los oficios, puesto que el de titiritero puede servir en caso necesario.

— No calumnies á tu corazon, contestó Luis con vehemencia, estrechándole la mano, has salvado la vida á un hombre.

— Sí, pero he dado muerte á otro.

— ¡Ese era culpable!

XXI.

LOS FUNERALES DE UN APO-ULMEN.

La emocion producida por la muerte del machí se calmó gradualmente y se restableció el orden.

Curumilla y Trangoil Lanec, apagando todo sentimiento de odio, se habian dado el beso fraternal con frenéticos aplausos de los guerreros, que amaban á ambos jefes.

— Ahora que mi padre está vengado, podremos restituir su cuerpo á la tierra, observó Curumilla.

— Luego, adelantándose hácia los extranjeros, los saludó diciéndoles:

— ¿Los rostros pálidos asistirán á los funerales?

— Asistirémos, contestó Luis.

— Mi toldo es grande, continuó el jefe; mis hermanos me honrarán consintiendo en habitarle durante su permanencia en la tribu.

Luis iba á contestar, pero Trangoil se apresuró á tomar la palabra.

— Mis hermanos los rostros pálidos, dijo, se han dignado aceptar mi pobre hospitalidad.

Los jóvenes se inclinaron silenciosos.

— ¡Bueno! repuso Curumilla: ¿qué importa eso? Cualquiera que sea el toldo que escojan los muruches, los consideraré como mis huéspedes.

— Gracias, jefe, contestó Valentin. Crea que agradecemos en extremo su benevolencia.

El Ulmen se despidió entonces de los franceses y volvió á colocarse junto al cuerpo de su padre. La ceremonia comenzó en seguida.

Los araucanos no son, segun han creído ciertos viajeros, un pueblo desprovisto de creencias. Por el contrario, su fé es viva y su religion descansa en bases que no carecen de cierta grandeza.

No tienen dogma alguno, y sin embargo reconocen dos principios: el del mal y el del bien. El principio del bien, denominado *Pillian*, es el Dios creador. El principio del mal, llamado *Guecubu*, es el Dios destructor.

Guecubu se halla en lucha perenne con *Pillian*, procurando turbar la armonía del mundo y destruir lo que existe.

Por esto se ve que la doctrina del *maniqueismo* se halla establecida entre las naciones bárbaras, tanto del Antiguo como del Nuevo Mundo, que no siendo capaces de penetrar las causas del bien y del mal, han imaginado dos principios contrarios.

Después de estas divinidades principales, los araucanos cuentan un número considerable de genios secundarios que ayudan á *Pillian* en su lucha contra *Guecubu*.

Estos genios son machos y hembras. Estas últimas son todas vírgenes, porque, por una idea refinada, que nadie podria esperar de una nacion bárbara, la generacion no se verifica en el mundo intelectual.

Los dioses machos se denominan *Geru* (señores).

Las hembras, *Amey-Malghen* (ninfas espirituales).

Los araucanos creen en la inmortalidad del alma, y por consiguiente en una vida futura, en la que los guerreros que se hayan distinguido en la tierra, cazan en las praderas afortunadas, rodeados de cuantos antes han amado en el mundo.

Los araucanos, como todas las naciones americanas, son en extremo supersticiosos.

Su culto consiste en reunirse en el toldo de medicina, donde se encuentra un ídolo informe que se considera representa á *Pillian*. Lloran, lanzan fuertes gritos, con grandes contorsiones, y concluyen por sacrificarle un carnero, una vaca, un caballo ó un *chilihueque*.

A una señal de Curumilla, los guerreros se alejaron para dejar completamente desembarazado el paso al grupo de las mujeres, que al momento rodearon el cadáver del afamado jefe y se pusieron á andar alrededor de él, cantando en un tono bajo, plañidero y monótono, las ilustres hazañas y todos los hechos principales del difunto.

Al cabo de una hora próximamente, la comitiva se puso en movimiento en pos del cadáver, llevado en hombros de los cuatro guerreros mas considerados de la tribu, y se encaminó con paso lento y majestuoso hasta una colina cercana, donde estaba preparada ya la sepultura.

Detrás iban las mujeres afanosas, echando sendos puñados de ceniza caliente sobre las huellas que señalaba el paso de la fúnebre comitiva, precaucion cuyo objeto no era fácil adivinar para los extranjeros; pero que los indios araucanos toman con el fin de que si se le antoja tal vez al alma del difunto entrar de nuevo en su cuerpo, no pueda volver á encontrar el camino del toldo, ni turbar á sus herederos.

Cuando el cadáver estuvo ya sentado en la huesa, Curumilla degolló los perros y caballos de su padre, que fueron depositados junto á aquel, para que pudiese cazar en las praderas afortunadas.

Al echarle en el hoyo, se colocó cierta cantidad de viveres para su manutencion y la del *Tempulaggy* ó *batelero*, encargado de conducirlo al otro mundo en presencia de *Pillian*, donde habia de ser juzgado, segun sus buenas ó malas ac-

ciones. Luego pusieron tierra sobre el cadáver. Pero como el difunto había sido guerrero afamado, amontonaron piedras, con las que formaron una pirámide, y luego cada cual dió una vuelta alrededor de la tumba, derramando sobre ella una gran cantidad de chichas.

Los parientes y los amigos volvieron bailando y cantando a la aldea, donde les aguardaba uno de esos banquetes homéricos de los funerales araucanos, denominados *Cahnins*, que duran hasta que los convidados quedan completamente ebrios.

Los viajeros no tenían deseo alguno de asistir á este festín. Se sentían cansados y preferían tomar algún reposo.

Trangoil Lanec adivinó su pensamiento, y tan luego como la comitiva se alejó para regresar á la toldería, se separó de sus compañeros y ofreció á los jóvenes conducirlos hasta su morada. Estos se apresuraron á aceptar.

Su toldo, como todas las cabañas araucanas, era un estenso edificio de madera, cubierto de barro, blanqueado con cal, que tenía la forma de un cuadro estenso, y cuyo tejado estaba en forma de azotea.

Esta morada sencilla y aireada, mostraba en su interior una limpieza enteramente holandesa.

Trangoil Lanec, como ya sabe el lector, era uno de los jefes más respetados y ricos de su tribu, y tenía ocho mujeres.

Entre los moluchos está admitida la poligamia.

Cuando un indio desea casarse con una mujer, se dirige á los parientes y fija el número de animales que quiere darles. Aceptadas estas condiciones, va con algunos amigos á robar á la joven; la coloca á la grupa detrás de sí, y permanece oculto en los bosques durante tres días. Al cuarto vuelve, degüella una yegua delante de la choza del padre de su novia, y comienza la fiesta de la boda. El rapto y el sacrificio de la yegua sirven como de acto civil.

De este modo un ahuca tiene libertad para casarse con tantas mujeres, cuantas pueda mantener.

Sin embargo, la primera mujer lleva el título de *Unem-domo*, ó mujer legítima. Es la más venerada y tiene la dirección de la casa y el dominio sobre las demás, á las que se denomina *Iuam-domo*, ó mujeres secundarias.

Todas habitan bajo el toldo de su marido; pero en cuartos separados, donde se ocupan en educar á sus hijos, tejer ponchos con la lana de los *guanáceos* y de los *chilihneques*, y en preparar el plato que todos los días está obligada á servir en la mesa á su marido una mujer india.

El matrimonio es sagrado. El adulterio es el mayor crimen. La mujer y el hombre que le cometiesen serían asesinados infaliblemente por el marido y sus parientes, á no ser que rescatasen su vida por una contribución considerable impuesta por el esposo ultrajado.

Cuando un ahuca se ausenta, confía sus mujeres á sus parientes, y si á su regreso puede probar que le han sido infieles, tiene derecho á exigir de ellos lo que quiera, por lo cual tienen grande interés en vigilarlas.

Por lo demás, esta severidad de costumbres solo hace referencia á las mujeres casadas. Las demás disfrutaban la mayor libertad, y se aprovechaban de ella sin que nadie pueda encontrar motivo para decir lo más mínimo.

Los dos franceses, arrojados en medio de aquellas costumbres singulares, nada comprendían de la existencia india.

Valentin, sobre todo, se hallaba enteramente desorientado. Sentía una sorpresa perpétua que se guardaba muy bien de dejar traslucir, ya fue en sus discursos ó en sus acciones. La aventura del machi le había colocado en tan alta estimación entre los habitantes de la toldería, que temía, y con razón, que la menor pregunta indiscreta le derribase del pedestal sobre el que se mantenía en equilibrio.

Una tarde en que Luis se disponía, según el hábito que había contraído, á recorrer el toldo con el fin de visitar á los enfermos y aliviarlos en cuanto lo permitían sus limitados conocimientos en medicina; Curumilla se presentó á los es-

tranjeros para invitarles á que asistiesen al *Cahnin* dado por el nuevo machi, elegido en lugar del muerto.

Valentin prometió asistir con su amigo.

Según lo que hemos referido más arriba, se comprende la influencia enorme que posee un brujo sobre los miembros de la tribu. Así, pues, es muy difícil hacer la elección, y rara vez acontece que sea buena. El brujo suele ser una mujer. Cuando es un hombre, se pone el traje femenino, que conserva durante todo el resto de su vida. Casi siempre recibe la ciencia por herencia.

Después de un número considerable de pipas fumadas y de discursos interminables, habían escogido para sustituir al antiguo machi á un anciano, de carácter dulce y bondadoso, que durante el curso de su larga existencia, nunca había tenido sino amigos.

El banquete fué como debe suponerse, copioso y abundantemente provisto de *ulpo*, comida nacional de los araucanos, y regado con un número incalculable de *couis* de chicha.

Entre otros manjares que figuraban en el festín, había una gran cesta de huevos duros, que los Ulmenes se comían con avidez.

—¿Por qué no come V. huevos? preguntó Curumilla á Valentin. ¿No le gustan á V.?

—Perdone V., jefe, contestó este, me gustan mucho los huevos; pero acomodados de ese modo, no, porque no tengo ganas de ahogarme.

—¡Sí! contestó el Ulmen, entiendo; los prefieren V. crudos.

Valentin lanzó una carcajada homérica.

—Tampoco, dijo recobrando su seriedad. Me gustan mucho el huevo pasado por agua, las tortillas, los huevos guisados, pero no duros ni crudos.

—¿Qué quiere V. decir? Los huevos solo pueden comerse duros.

El joven le miró con estupor, y luego le dijo con tono de profunda compasión:

—¿Cómo es eso, jefe, realmente no conoce V. más que los huevos duros?

—Nuestros padres los han comido siempre así, contestó el Ulmen con sencillez.

—¡Pobres gentes! cuánto los compadezco! ¡Han ignorado uno de los grandes goces de la vida! Pues bien, yo, continuó alzando la voz con un entusiasmo irónico, quiero que me adoren como á un bienhechor de la humanidad; en una palabra, quiero dotar á VV. con los huevos pasados por agua y la tortilla, y al menos mi recuerdo no perecerá entre VV. Cuando me haya marchado, al comer uno de esos dos platos, pensarán en mí.

Luis, no obstante su tristeza, se reía al ver la verbosa afluencia y la inagotable alegría de su hermano de leche, en el cual prevalecía á cada instante el pilluelo sobre el hombre formal.

Los jefes manifestaron su alegría al oír la proposición del antiguo oficial de *Spais*, y le preguntaron á gritos que cuándo pensaba ejecutar su proyecto.

—No quiero haceros aguardar mucho tiempo, la ejecución de mi promesa, dijo Valentin. Mañana, en la plaza de la Toldería, ante los guerreros de la tribu de la *Gran Liebre* reunidos, os enseñaré cómo habeis de manejarlos para cocer un huevo pasado por agua y hacer una tortilla.

Al oír esta promesa, la satisfacción de los jefes llegó á su colmo. Los *couis* de chicha circularon con más rapidez, y muy pronto los Ulmenes se sintieron bastante embriagados para ponerse á cantar todos á un tiempo, á voz en grito, música que produjo tal efecto en los dos franceses que huyeron corriendo y tapándose los oídos.

El festín se prolongó aun mucho tiempo después de su partida.

XXII.

ESPLICACIONES.

Regresaremos ahora á la chacra de D. Gregorio Peralta, á donde había sido conducida doña Rosario después de haberla librado tan milagrosamente.

En los primeros días que siguieron á la partida de los franceses, no hubo incidente alguno. Doña

Rosario encerrada en su dormitorio permanecía sola casi de continuo.

Aquella joven, como todas las almas heridas, procuraba olvidar la realidad para refugiarse en sus ilusiones, con el fin de reunir y conservar cuidadosamente en el fondo de su corazón los pocos recuerdos felices que algunas veces habían llegado á dorar como un rayo de sol la tristeza de su existencia.

D. Tadeo, completamente absorbido por sus altas combinaciones políticas, no la veía sino de tarde en tarde, y solo durante algunos minutos.

Delante de él se esforzaba la joven por aparecer alegre; pero sufría más aun con la necesidad de ocultar en el fondo de su corazón el mal que la devoraba. Algunas veces bajaba al jardín, deteníase meditabunda en el bosquecillo donde tuvo efecto su encuentro con Luis, y permanecía horas enteras pensando en aquel á quien amaba, y á quien ella misma había obligado á alejarse para siempre.

Aquella pobre niña, tan bella, tan dulce, tan pura, tan digna de ser amada, se hallaba condenada por un destino implacable á llevar de continuo una vida de sufrimiento y de aislamiento. Sin parientes, sin un amigo á quien pudiese confiar el secreto de su dolor. Apenas contaba diez y seis años de edad, y ya su alma lastimada se replegaba sobre sí misma, su tez se marchitaba, su porte se tornaba lánguido, sus grandes ojos azules, llenos de lágrimas, se fijaban incessantemente en el cielo, como en el único refugio que la quedaba. Parecía que se hallaba sujeta á la tierra por un hilo delgado que el más leve soplo de la adversidad había de romper.

Era una historia singular la de aquella joven.

Nunca había conocido á sus padres; no había conservado recuerdo alguno de los besos de su madre, blandas caricias de los primeros años que aun hacen estremecer de júbilo en la edad madura.

Hasta donde alcanzaban sus recuerdos, se veía sola, siempre sola, entregada á manos mercenarias é indiferentes.

Las candidas alegrías de la infancia no habían sido conocidas para ella, que solo tuvo su fastidio y su tristeza, privada constantemente de esas amistades de la niñez, que preparan insensiblemente el alma para los dulces desahogos, hacen surgir la risa en medio de las lágrimas, y consuelan en un beso.

D. Tadeo era la única persona que la profesaba afecto. Nunca la había abandonado, velando con el mayor cuidado por su bienestar material, dirigiéndola sinos consejos y palabras dulces y afectuosas. Pero D. Tadeo era hombre harto formal para comprender esos mil cuidados que exige la educación de una joven. Este no podía profesarle más que ese cariño profundo, pero respetuoso que ajea las candidas confianzas que solo se atreve á hacer á una madre ó á una compañera de la misma edad.

Los actos de D. Tadeo se hallan rodeados de un misterio impenetrable. Algunas veces, sin causa aparente, la hacía abandonar súbitamente á las personas á quienes la había confiado, se la llevaba consigo, después de haberla obligado á cambiar de nombre, y la hacía verificar largos viajes. Así era como había ido á Francia. Luego, de improviso, se la llevaba otra vez á Chile, tan pronto á una ciudad como á otra, sin querer explicarle nunca las razones de la vida errante que la obligaba á llevar. Obligada por su aislamiento á no contar sino consigo misma, precisada á reflexionar desde que los primeros reflejos de la razón iluminaron su mente, aquella joven tan delicada y sensible en la apariencia estaba dotada de una energía y de una fuerza de carácter que ella misma ignoraba; pero que la sostenía, á pesar suyo, y que había de serle de grande auxilio si llegaba á sonar para ella la hora del peligro.

Aquella joven impulsada con frecuencia por ese instinto de curiosidad tan natural en su edad y en la posición excepcional en que se encontraba, por medio de preguntas diestras había procurado hallar algunos rostros que pudiesen guiar-

la en aquel Dédalo. Todo fué inútil: D. Tadeo permaneció siempre mudo.

Solo un día, despues de haberla contemplado durante largo tiempo con tristeza, la estrechó sobre su corazon, y la dijo con voz entrecortada.

— ¡Pobre niña! yo sabré protegerte contra tus enemigos!

¿Quiénes podian ser aquellos enemigos temibles? ¿Por qué se encarnizaban así contra una niña que ignoraba lo que era el mundo, y que nunca habia hecho daño á nadie?

Estas preguntas que Doña Rosario se hacia incesantemente á si misma, quedaban siempre sin respuesta.

Solo vislumbraba en su vida uno de esos misterios terribles que causan la muerte de los imprudentes que se obstinan en descubrirlos. Por eso sus dias trascurrian en continua inquietud producida por su imaginacion.

Una noche en que triste y pensativa, como de costumbre, recostada en el fondo de un sillón en su dormitorio, hojeaba un libro que no leía, D. Tadeo se presentó delante de ella.

El caballero la saludó, como lo hacia siempre, besándola en la frente. Tomó una silla, se sentó en frente de ella, y despues de haberla contemplado durante un instante con melancolia, la dijo con dulzura:

— Rosario tengo que hablarte.

— Ya escucho, amigo mio, contestó la jóven procurando sonreírse.

Pero antes de referir esta conversacion habrémos de dar al lector ciertas esplicaciones necesarias.

Así como todas las demás comarcas de la América del Sur, Chile, doblegado por largo tiempo bajo el yugo español, habia conquistado su independencia mas bien por la debilidad de sus antiguos dueños que por sus propias fuerzas.

El sistema seguido desde un principio por las autoridades españolas habia contenido entre los pueblos de aquellas comarcas el desarrollo de las ideas filosóficas que dan al hombre el conocimiento de su propio valor, le hacen ser apto para conquistar algun dia la libertad, y le dan la madurez suficiente para disrutar de ella dentro de justos limites.

Ya lo hemos dicho en una obra anterior (1), los americanos del Sur no tienen ninguna de las buenas cualidades de sus antepasados, y en cambio poseen todos sus vicios. La nacion chilena, desprovista de esa educacion primera sin la cual es imposible hacer ni siquiera concebir grandes cosas, libre por un golpe inesperado de la casualidad, se encontraba independiente siendo juguete de algunos intrigantes que ocultaban, bajo pomposas palabras de patriotismo, una ambicion desenfrenada; en vano luchó: la innata inercia de sus habitantes y la ligereza de su carácter fueron un obstáculo invencible para toda mejora positiva.

En la época á que hemos llegado, Chile se agitaba y debatía bajo la presión del general Bustamante. Este hombre no contento con ser ministro de una república, soñaba nada menos que con hacerse proclamar jefe de ella, bajo el título de protector.

La realizacion de esta idea no era imposible. Chile por su posición geográfica es casi independiente de esos vecinos molestos que, en los Estados del antiguo mundo, vigilan todos los actos de una nacion, dispuestos á imponer su veto tan luego como creen que sus intereses están amenazados ó espuestos.

Por un lado, separado del Alto Perú por el estenso desierto de Atacama, casi intransitable, solo la Bolivia podía aventurar algunas observaciones timidas; pero el general Bustamante tenía pensado incluir á aquella república en la nueva confederacion; por otro sofocidadas inmensas y la cordillera le separaban de Buenos-Aires, que no tenía voluntad ni poder para oponerse á sus proyectos. Solo un pueblo podía hacerle cruda guerra, que era el pueblo araucano. Esta pequeña nacion indomable, que se habia introducido en Chile como un cuño de hierro, causaba viva

inquietud al general. Resolvió tratar con el Toqui araucano, y se hallaba decidido á reunir todas sus fuerzas tan luego como hubiese realizado sus proyectos, para conquistar aquel país que habia resistido al poder español.

En una palabra, el general Bustamante soñaba con crear en el extremo Sur de la América, con Chile, la Araucania y la Bolivia confederados, una nacionalidad rival de los Estados- Unidos.

Desgraciadamente para el general, este no era un grande hombre, sino simplemente un soldado de fortuna, ignorante y desprovisto de las principales dotes políticas.

Cuando el Pera alzó contra la metrópoli el estandarte de la rebelion, en todos los puntos del territorio fundaron numerosas sociedades secretas.

La mas temible de ellas, sin disputa, fué la de los Corazones Sombrios.

Los hombres que se colocaron al frente de esta sociedad eran todos inteligentes, instruidos, que en su mayor parte habian hecho sus estudios en Europa, y habiendo visto de cerca los grandes principios de la revolucion francesa, querian aplicarlos á su país para regenerarle.

Despues de la proclamacion de la independencia chilena, como las sociedades secretas no tenían ya objeto, desaparecieron.

Solo una persistió en permanecer en pié, y fué la de los Corazones Sombrios. Era porque estos no querian la licencia bajo la máscara de la libertad. Comprendian que tenían que cumplir una mision grande y santa, que no solo no se hallaba terminada, sino que apenas comenzaba.

Era preciso instruir al pueblo, hacerle ser digno de ocupar un puesto entre las naciones, y sobre todo libertarle del tirano que queria avasallarle.

Los miembros de esta sociedad, especie de duendes á quienes era imposible coger, se libraban de las pesquisas mas activas. Si de vez en cuando caian algunos en manos de su enemigo, morian con la frente erguida, confiando en lo porvenir y legando á sus hermanos el cuidado de continuar su empresa.

La victoria del general Bustamante causó en los Corazones Sombrios un momento de estupor. Pero D. Tadeo que habia hecho difundir por todas partes la noticia de la manera milagrosa en que habia sobrevivido á su ejecucion, colocándose de nuevo á su frente, les restituyó, no el valor que nunca les faltara, sino la esperanza.

Por grande que fuese la habilidad de los manejos empleados por el general para lograr el buen éxito de sus proyectos, los Corazones Sombrios, que en todas partes tenían confidentes, habian adivinado sus planes y vigilaban cuidadosamente todos sus pasos, porque preveían que se hallaba muy próximo el momento de que su enemigo arrojase la máscara.

Sapieron la partida del general convaleciente para Valdivia.

¿Por qué razon, cuando su salud se hallaba todavía tan delicada, y le era necesario el descanso, se trasladaba á aquella provincia lejana?

Era preciso saberlo á toda costa y asegurarse para una eventualidad, fuese la que quisiera.

En una reunion de la sociedad se adoptaron las medidas necesarias, y además se resolvió que el Rey de las Tinieblas se trasladase personalmente á Valdivia para en un caso dado poder tomar la iniciativa en la resistencia.

Pero D. Tadeo no queria dejar tras sí á doña Rosario, espuesta á los golpes de la Linda. Solo él podía defender á la jóven. ¿Acaso no era su único apoyo y escudo?

Así, pues, tan luego como los Corazones Sombrios hubieron desaparecido, regresó á la chacra y se presentó á doña Rosario.

— Querida niña, la dijo, tengo que participarte una mala noticia.

— Hable V. amigo mio, contestó la jóven.

— Asuntos urgentes exigen mi presencia cuanto antes en Valdivia.

— ¡Oh! dijo ella, con un movimiento de espanto, no me dejará V. aquí, ¿verdad?

Al pronto esa era mi intencion, repuso D. Tadeo. Pareciame que este retiro reunia todas las

garantías de seguridad imaginables; pero tranquilízate, añadió, he variado de opinion y he creído que acaso preferirias acompañarme.

— ¡Oh, sí! dijo ella con viveza. ¡Qué bueno es V.! ¿Cuándo marcharemos?

— Mañana, querida niña, á la salida del sol.

— Estaré dispuesta, contestó, presentándole su frente, en la cual depositó D. Tadeo un beso, y en seguida se retiró.

La jóven se ocupó inmediatamente en hacer los preparativos para el viaje.

¿Qué la importaba estar en un sitio mas bien que en otro, puesto que en todas partes se hallaba condenada á sufrir! ¿Quién sabe si la pobre niña, sin atreverse á confesárselo á si misma, abrigaría esperanza de volver á ver á aquel á quien amaba!

El amor es un rayo de sol divino que ilumina las noches mas oscuras.

XXIII.

LA CHINGANA.

Valdivia, fundada en 1551 por el conquistador español D. Pedro de Valdivia, es una ciudad preciosa que se alza á dos leguas del mar, en la orilla izquierda de un rio por el cual suben fácilmente buques de mucho porte, en el fértil valle del *Guadallanquen*.

El aspecto de aquella ciudad, centinela avanzado de la civilizacion en tan remotas comarcas, es en extremo risueño. Las calles son anchas y tiradas á cordel. Las casas están blanqueadas con cal, solo tienen un piso por razon de los temblores de tierra, y todas terminan en azoteas.

En ciertos puntos se alzan hasta las nubes las elevadas flechas de los campanarios de las numerosas iglesias y conventos que ocupan mas de la tercera parte de la ciudad.

Es una cosa inaudita el número de los conventos que pululan en América. Se puede afirmar que el Nuevo Mundo es la tierra de promision para los frailes, que parece que surgen del suelo á cada paso.

Merced al comercio en grande escala que hace Valdivia por razon de su puerto, punto de escala de los numerosos balleneros que pescan en aquellas aguas y de los buques que van allí á carenarse despues de haber doblado el cabo de Hornos ó antes de pasarlo, sus calles tienen una animacion que rara vez se encuentra en las ciudades americanas.

D. Tadeo llegó á Valdivia en compañía de doña Rosario y de D. Gregorio, en la tarde del décimosexto dia posterior á su partida de la chacra de su amigo.

Se habia dado prisa, y para aquel país, en el cual no se conoce otro medio de transporte mas que los caballos, era haber viajado con extraordinaria rapidez.

Si los viajeros hubiesen querido, les habria sido facil entrar en la ciudad hácia las dos ó las tres de la tarde; pero prefirieron dilatar su entrada para que en la ciudad, donde muchas personas los conocian, nadie sospechase su presencia: primero porque las causas que allí los conducian, exigian el mayor sigilo; y luego porque D. Tadeo se veía obligado á ocultarse, para librarse de los agentes de policia del presidente de la república, que habian recibido orden de prenderle donde quiera que le encontrasen.

Afortunadamente, en aquellos países, á no ser por una casualidad extraordinaria, ó por una reunion de circunstancias imposibles de preveer, la policia nunca prende á nadie, á menos que aquellos á quienes persigue vayan espontáneamente á entregarse en sus manos, lo cual debemos confesar que rara vez sucede.

Como durante su permanencia en Valdivia, su modo de vivir habia de ser adaptado á los asuntos que allí le conducian, y como de ningun modo queria tener casa puesta, pues no podía presentarse en público, D. Tadeo se fué en derecha al convento de las Ursulinas, y dejó á la jóven que llevaba consigo confiada á la abadesa, parienta suya y mujer muy digna y respetable, en quien tenía la mayor confianza.

(Se continuará.)

(1) Los Tramperos del Archense, obra del mismo autor.

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.—Véase el núm. 26).

—¿Te pesa haber ganado esta noche con la libertad un puñado de zaquines?

El mismo silencio.

—¡Rayo! si prosigues desempeñando ese papel, te ahogo entre mis manos: ¿lo oyes?

—¡Ay, señor! mucho amo la libertad, mucho aprecio los zaquines; ¿pero creéis que no me remorderá la conciencia?

—¡Pícaro! ¿Tienes tú también conciencia? tienes tú también esa ridícula aprensión?

—¿No la sentís vos?

—¡Yo! yo conciencia! La conciencia es mi voluntad, y mi voluntad la venganza.

—Pues estaba en la creencia, según me inculcaron aquellos sacerdotes que nos predicaban el orden y la religión cuando nos trajeron de la isla; estaba en la creencia, señor, que todos los hombres poseen una conciencia más o menos elástica.

—¡Diantre! con esa moral bien puedes desempeñar una cátedra de teología.

—¿De veras, señor?

—Pero volvamos á nuestra maniobra.

—Como queráis.

—¿Compraste los camelotones?

—Muy buenos.

—Tráelos.

—Están en la galería. ¿Voy por ellos?

Una idea repentina de desconfianza brotó en la imaginación feroz y ardiente de Frari.

—Bien, respondió, anda; pero deja entreabierta la puerta para que yo te pueda seguir con la vista.

El negro se mordió los labios.

—¡Ay! repuso, ¿no os fiáis de mí?

—No.

—¡Ay señor!..... ¡ay!

—Anda pronto.

—¿Pero de veras pensáis que yo sea capaz de una acción denigrante?

—Aprendí en mi desgracia que el que desconfía de todo el mundo, nadie le sorprende.

—Y creo, ¡voto á!..... exclamó el negro, que lleváis razón.

Frari se sonrió.

—¡A la galería! dijo en voz imperiosa.

El negro como un perro de caza que tiende la vista desde el cañón de la escopeta al objeto que designa, formó la visual desde la mano inconcusa de Frari al extremo de la galería.

—¡Voy! exclamó; voy!

Y rápido y ligero corrió hasta un extremo de la galería de donde tomó un lio de camelotones, cuyos tejidos, á la similitud del de pelo cabra, eran compactos y excelentes.

—¡Ven! dijo Frari que no le perdía de vista.

El negro lo ejecutó con una velocidad de arda, y lanzó los camelotones á los pies de su señor.

—Ahora necesito una aguja con hilo bramante, articuló Frari.

—Os complaceré.

—Despacha.

—Voy á la portería.

Y el negro arrancó á correr.

—¡Oye! oye! gritó Frari con un gesto amenazador, ten entendido que si me vendes como á tu señor, tarde ó temprano haré un estofado con tu lengua!

El negro se estremeció involuntariamente.

—No me moveré de aquí hasta que digáis que os fiáis de mí enteramente, repuso en tono grave.

—Pues bien, confío en ti; pero no olvides lo que te he dicho.

—Gracias, señor.

Y el negro escapó corriendo como un corzo hácia la portería.

Entonces los turbios ojos de Frari se clavaron

como un puñal en su enemigo á quien asió las manos heladas entre las suyas ardientes y nerviosas.

—¿Con que mi mujer no faltó á su deber? murmuró con acento doloroso. ¿Con que fui un insensato? ¡Ah! quizá pudiera ser feliz todavía si viviera la infortunada! Pero no..... yo no puedo ser feliz..... ¡Já, já, feliz! Esta es una palabra sin sentido..... ¿Podría yo probar el beleño de la ventura cuando mi corazón solo se abre á las emociones de las tremendas ráfagas de cólera que cruzan mi existencia? ¡Amurates! mi futura felicidad se encierra en que vivas padeciendo, sumido en mi castillo de Venecia..... ¡Oh, si! Y allí, puesto que los hombres tienen una propensión á creer en los milagros, allí valiéndome de mil resortes y revistiéndome de misterios, haré de Angel Malo, y cayendo en la superstición los fanáticos é ignorantes, los arrastraré conmigo al abismo sin fondo de la eternidad, si es que más allá del sepulcro hay algo que sobrevive. ¡Ah! con esto quizá me vengue de muchos que gritaban ¡muera el parricida!

Y Frari dejó las manos que oprimía con un ademán despreciativo.

En el mismo instante apareció el negro que le presentó la aguja con bramante.

Frari asió un camelotón, luego otro, y los cosió ambos fuertemente: después los unió á otro par, de modo que formasen un saco ancho y resistente.

—Sosten la boca del saco, dijo Frari.

—¿Qué vais á hacer? respondió el negro tomando los camelotones.

—Silencio.

—¡Dios mio! ¿Le vais á arrojar al mar?

—¡Silencio! repitió Frari.

Y levantando á Amurates del pavimento, le balanceó como un colupio, sumiéndole en el saco. Después le cubrió la cabeza con un pañuelo, y arrolló otras dos piezas de camelotones sobre los anteriores de manera que formasen una especie de fardo.

—¡Oh señor! exclamó el negro; ahí lo vais á ahogar!

—Puede respirar.

—¿De veras, señor?

Frari se sonrió con desden.

—¿Y ahora qué me mandáis? repuso el negro.

—Nada.

—Me puedo ya retirar.

—No; quédate y me acompañarás al puerto.

—¡Oh señor! balbuceó el liberto juntando las manos implorativamente; me causa horror ese espectáculo!

—¿Con que te resistes á llevar á tu amo en los hombros?

—¡Yo! yo llevarlo! ¿Habeis dicho eso? ¡Dios mio! Dios mio! balbuceó á media y sofocada voz el negro, cuyas rodillas se doblaban.

—¡Imbécil! si eres tan pusilánime, yo le trasportaré; ¿estás contento?

El negro dió un salto de alegría.

—No me haréis cargar con él, ¿no? exclamó radiante.

—Me compadezco de tí, infeliz.

—Gracias, señor.

—Frari cogió con brazos de hierro los camelotones y arrojándolos sobre su hombro berroqueño, de suerte que colgasen por su espalda los pies de Amurates, precedido del negro bajaron al patio.

El portero gritó desde su cuchitril con la voz vinosa y cascarrona de todos los de su clase:

—¿Quién va?

—¿Y qué te importa?

—¡Ah! ¿Eres tú?

—¿Dáme la llave de la puerta.

—¿Con que nos quedamos sin amo?

—Eso parece.

—¡Cuidado! piénsalo bien!

—Ya lo sé.

—Y mira, prosiguió el portero, te advierto que vuelvas pronto, ¿entiendes?

—Para el saqueo, ¿eh?

—Y para ponernos en polvorosa.

—¡Oh! por supuesto.

—¡Bien! bien! nada tengo que decirte, por-

que tanto interés debes tener tu como yo en huir de ese maldito knout que van planteando en Turquía. ¡Toma la llave!

—¡Ea! adios!

—Abrid aprisa, murmuró Frari.

El negro puso de par en par la puerta.

—Vamos, señor, que esta casa me punza, dijo.

—Y á mí me recrea, porque es donde he pasado los momentos más venturosos de mi vida.

Y un instante después se hallaron en el arrabal de Gálatas, único que podía competir en limpieza y aseo con el de Pera.

Densas nubes empañaban el horizonte y tras ellas se podría creer ver despuntar los suavísimos fulgores del alba.

No se tardó mucho cuando las nubes se fueron disipando y una luz tibia y misteriosa brotó en el Oriente.

Se oía el susurro de las olas del canal, y el primer canto de las aves marítimas, tierna y arrobadora armonía, como la que dulcemente agita el amor purísimo en el corazón de una virgen.

Frari pegó la lengua al paladar y moduló un silbido.

Entonces se deslizó á la orilla casi entre la bruma un gracioso y voluble caik, y el marino que lo conducía cantó una canción cósaca.

—¿Estamos corrientes?

—Alá, dijo el marino en turco.

Y acercó más el caik á la ribera.

—¡Adios! murmuró Frari al negro.

Y trasportó á los brazos del marino el fardo de camelotones, que se depositaron en el fondo de la barca.

—¡Señor! exclamó el negro; ¿qué he de decir á los que pregunten por mi amo?

—¿Qué? Tu amo ha emprendido un largo viaje con su hija.

—¿Pues no está en casa su hija?

—¡Pobre diablo! Se me olvidó noticiarte que la jóven se ha huido con su amante.

—¿La señorita con su amante? ¡Dios mio! Dios mio!

Frari puso el pié en el caik, que se escurrió como una culebra entre las olas.

El negro se alejó de la orilla de las aguas, y no bien hubo andado dos pasos, cuando sintió una mano sobre el hombro.

—¡Ah! ¿Eres tú? replicó volviendo la cabeza; ¿por qué has dejado la portería?

—Soy franco, contestó el canchero. ¿No podía ser que tú quisieras echar sobre mí toda la responsabilidad, diantre? Y además, ¡me picaba la curiosidad de seguirte! Vaya, añadió estrechando á su camarada por el cuello, ¡apresurémonos á hacer la pacotilla!

Y ambos se dieron prisa á llegar al barrio de Gálatas.

El caik entre tanto dió frente á una hilera de buques mercantes, cuyas velas desplegadas se removían con juguetera volubilidad como el abanico de una coqueta.

—Mira aquel buque que se ve allá en el grupo último de embarcaciones, dijo Frari al remero tendiendo una mano hácia el objeto que designaba.

—¿Es aquel que no cesa de moverse y que parece á primera vista una piragua?

—Ciertamente.

—Marchemos.

Y empujó el caik, que hábilmente manejado, cruzando entre una fila de corbetas, en breve se halló al lado del buque que Frari designaba.

Un hombre asomó la cabeza entre las gavias, y un momento después estaba situado en la escalera del buque.

Frari pagó al remero, y asiendo los camelotones, alargó una estremidad al hombre que esperaba en la escalera.

Aquel hombre era Buxtof.

Y en tanto que el caik volvía á Constantinopla, Frari y Buxtof condujeron el fardo al camarote.

—¡Vamos! vamos, querido! exclamó Buxtof con una sonrisa remilgada; ¡veo que no desperdicias el tiempo!

—Vuestros zaquines producen maravillas: ¿qué os parecen los camelotones!

—¡Diantre! cualquiera los tomaria por camelotes de Angora. ¿Me los quieres vender?

—¡Oh, no! amigo mio; ¡ya sabeis que tengo un derecho mas grande que vos, aun cuando fuesen vuestros los zaquines con que los he comprado!

—La ocasion la pintan calva y la habeis cogido por el único cabello que tiene.

—La sorprendi durmiendo, porque las ocasiones cuando están en vigilia vuelan mas que los grifos.

El capitán soltó una carcajada.

Y en su espresion concentrada, histórica, cruel, Frari advirtió que el gozo que rebotaba su corazón era producido por la venganza que iba a verificar en el marido de la mujer que un día amara con la ilusion intensa de los primeros años.

—Pero veamos, replicó el capitán, ¿de qué maña os habeis valido para pescar en vuestra red ese pescado?

Frari le refirió el ardid en breves palabras, y concluyó diciendo que el pescado le habia rogado con lágrimas en los ojos que no le mortificase cuando le fuera a arrojar en la alacena con la presencia de un tercero.

Frari casi tembló en el fondo del alma mientras hablaba de aquella manera, pensando en que era perdido su plan elaborado en el silencio de la noche y en el trascurso de los años, si el capitán se empeñaba en ver el rostro del marido de Pilar.

Por fortuna, Buxtof accedió al supuesto deseo del prisionero, y Frari respiró con satisfacción.

—¿Sabeis ya, querido Frari, cómo se abre la alacena?

—Perfectamente, Buxtof.

—Entonces me retiro, porque es preciso ser consecuente con los pobres vencidos.

Y el capitán dió un paso; pero de repente se volvió.

—¡Ah! dijo, ¿y la mordaza?

—En el cajón de la mesa.

—Gracias, Buxtof, gracias.

El capitán entonces se retiró del camarote, murmurando con aire pensativo:

—¡Diantre! diantre!

Frari se abalanzó a la puerta y corrió los cerrojos.

Así tranquilizado, rasgó con el puñal los camelotones, y sacó a su enemigo de aquel envoltorio.

Después tomó agua en un vaso y la roció sobre el rostro de Amurates, que a poco, pálido y desfigurado, abrió los ojos.

Entonces Frari le puso una mordaza con cuidado, y tocando un resorte en la pared o tabladón del buque, le arrojó sin piedad en el fondo tenebroso de la especie de alacena que le tenia preparada.

Frari volvió a tocar en el resorte, y un instante después nadie hubiera dicho que entre las paredes de aquel camarote, gemía un individuo de la raza humana.

CAPITULO II.

JUGAR UNA CELADA.

Un día después, Buxtof, colocado en el puente del buque, contaba la moneda que Croverto le dió por el flete adelantado de él y la joven que le acompañaba, y a quien apellidó su mujer.

A las dos horas, el buque, ya cargado de mercancías, comenzó a oscilar, y desplegadas sus velas, las quillas no tardaron en surcar el mar de Mármara.

Buxtof se encontró en un pasadizo a Frari, en cuya alma giraban horribles pensamientos, como las aves alrededor del palo mayor.

—¿Que me dices, querido? dijo Buxtof con abandono.

—Teneis un enemigo formidable, a lo menos en su intencion.

—¡Diablo! murmuró Buxtof prestando atencion.

—Un enemigo de quien debeis guardaros

—El estilo es elevado, Frari, y es preciso que os expliqueis con mas claridad.

—Lo quereis absolutamente.

—Os escucho con el alma.

—No he creído oportuno deciros hasta ahora que un instante antes de lanzar a Geminiano en la alacena, me rogó que tomase todos sus intereses con tal que le concediera el tiempo suficiente para vengarse de Buxtof.

¿Y qué Buxtof es ese? le pregunté.

Un hermano de Braciano que en Venecia asesinó a un pariente mio, que yo amaba con delirio.

Pero como yo no accediese a sus deseos, exclamó que habia oído nombrar aquí al mismo Buxtof, y que conocia que este camarote era del capitán, es decir, el vuestro, y que en su consecuencia, la cantidad haria que por compasion abrieseis la alacena alguna vez, y entonces podria ahogaros entre sus brazos.

—¿Y cómo sabe que Braciano era mi hermano? preguntó aturrido el capitán.

—¿Qué! ¿No se designaria Braciano con vuestro mismo apellido alguna vez?

—Acaso, acaso, murmuró el capitán pensativo.

—Pero esto no es todo, amigo mio, repuso Frari, sonriendo de una manera precoz y terrible.

—¿Con que esto no es todo! con que aun hay mas veneno que beber! ¡Ah, cielos!

—Sí, aun hay mas, respondió Frari como despidiendo una a una las flechas ponzoñosas del carcaj de su intencion; aun ruge en vuestro torno un leon furioso; todavia existe en vuestro derredor una hiena sangrienta, es decir, un joven esforzado y temerario. ¡Capitán! querido amigo! en vuestro buque se esconde un puñal, que, tenedlo muy presente, os lo advierto, un puñal trulculento que os dividirá el corazón al primer descuido.

—¡Dios mio! exclamó despavorido Buxtof entrelazando las manos maquinalmente: ¡estoy perdido!

—Todavía no; aun queda esperanza. ¿Qué! ¿No marcha bajo vuestro poder? temeis que se os escape? no está rodeado de agua?

—Pero ¿qué puede querer ese joven de mí?

—¡Mataros!

—¿Y por qué? qué motivos le animan?

—Voy a manifestároslo en pocas palabras.

Buxtof desencajó el semblante.

Ese maldito Geminiano tenia una hija a cuyo marido hizo jurar, segun él mismo me dijo, que asesinaría al primer Buxtof que encontrase en su camino. El joven salió con su mujer para Venecia, y como va en vuestro buque, tan luego como os oiga nombrar formará su plan de ataque.

—¡Ah! ¿con que son los jóvenes que me han pagado el flete adelantado?

—Los mismos.

—¿Y cómo sabeis que son hijos de Geminiano?

—¿Cómo?

—Sí.

—¿Olvidais, amigo mio, que yo almorcé con Amurates, nombre que adoptó Geminiano en Constantinopla?

—Es verdad.

—Ojo, capitán, ojo.

—¡Parece imposible! articuló Buxtof; ¡tan hermosos y tan corrompidos!

—¡Sí, son los mismos! refunfuñó Frari.

—¡Diablo! diablo! murmuró Buxtof retorciéndose los extremos del bigote.

—Es necesario tomar contra ellos, es decir, contra él medidas de precaucion y seguridad.

—¡Vaya si las adoptaré!

—Amigo mio os suplico que no os impacientéis, pues los buenos golpes de mano se dan después de maduras reflexiones.

—¡Oh! Pero ¿y el furor que arde en mis venas?

—Paciencia, amigo mio.

—Frari volvió la cabeza para sonreír.

—Pues bien, puesto que la humanidad es una raza de víboras, exclamó Buxtof después de un momento de silencio, aplastémosla.

Escuchad, Buxtof, ¿me dejais libre el campo? me dais el encargo de confeccionar el plan? articuló Frari con fingida solicitud.

—¿Y a quien mejor que a vos podria confiar la seguridad de mi vida? preguntó Buxtof.

—Sí, pero el secreto....

—El secreto, añadió Buxtof amoldando la espresion de su rostro a la que se dibujara en el de su interlocutor, el secreto se quedará entre vos y entre mí. ¿Qué desconfiais?

—¡Vuestra amistad me encanta!

—¿Pues qué? no os vais a esponer por mi vida? por qué entonces no debo yo de poner un candado sobre mis labios?

—Eso es, ¡encerremos vuestro secreto bajo un candado! eso es, Buxtof, no conozca ese joven que le vigilamos y aun intentamos su ruina.

—¡Chist! murmuró Buxtof; ¡las paredes tienen orejas!

—Y haciendo seña para que se separasen, Buxtof penetró en su camarote.

—¡Oh! oh! balbuceó Frari con satánica espansion de placer luego que se vió solo, ¡el imprudente me promete guardar silencio, no sabe los abismos que hay en mi corazón! ¡Ignorante! ¿Con que me vas a servir de égida para apoderarme de tu linda sobrina? ¡Obcecado! ¿Con que tu mismo guardas en la alacena al hermano que tanto amas? ¡Insensato! ¿Con que me ayudas a vengarme, no solo del hijo de Croverto el astrólogo, sino de tí mismo? ¡Já!..... já!..... já!.....

CAPITULO III.

LOS AMANTES.

El buque volvia a doblar el Matapan y se puso a la altura de Corfú, cuyos picachos parecian que se iban a perder entre las nubes.

Algunos días después surcó el Adriático, y los marinos, sobre cubierta, casi divisaban las torres que coronan la inmortal reina de las aguas.

En lontananza brillaba a la caída del último rayo del sol un hermoso punto que no podia ser sino Venecia.

En una habitacion del buque, única que habia cerrada, se abrasaban en amor purísimo dos almas de fogosa inocencia.

—¿Con que estamos conformes, Delia mia? preguntó Croverto estampando los labios en la mano que la joven no se cuidaba de retirar.

—Sí, parece lo mas conveniente a mi reputacion, Croverto, ¿no es verdad? respondió Delia.

—Pues bien, sea; para la tripulacion y para todo el mundo somos un matrimonio, ¿no es así?

Y el joven despidió centellas de amor por los ojos, ante quienes podria decirse que habia pasado un vendaval ardiente.

Pero ¡ay! añadió, para Dios solo somos dos corazones que se adoran en el silencio mas ridiculo!

—¡Croverto! Croverto! exclamó la joven, te doy mi mano a besar porque es tuya; pero jamás accederé a un deseo que me deshonoré. ¿Quieres avanzar un paso en nuestro amor? Pues bien; entonces conozco que llegaria a odiarte.

—¡Delia mia! Delia querida! balbuceó Croverto subyugado por la casta espresion de los ojos de su amada: ¡he sido un insensato! lo confieso! Pero ¿no me perdonarás? He tenido un pensamiento indigno de nosotros..... la habitacion cerrada..... nuestro aislamiento..... la soledad..... el amor..... ¡perdon, amada mia! sé generosa!

La joven se sonrió con una espresion angelical de benevolencia y cariño.

—¿Con que me perdonarás? exclamó Croverto fuera de sí de alegría: ¿con que eres tan generosa en efecto? ¡Ah! juro por el Dios que ambos adoramos, no manchar jamás tu alma con una palabra atrevida siquiera! ¿Puedes dudar aun que desde este momento serás mi hermana hasta que la bendicion del sacerdote cristiano una legitimamente nuestro corazón?

—Te creo, Croverto; te creo, porque tengo confianza en tí; de otro modo, ¿cómo no habia de temer a la soledad, al silencio que reinan en esta habitacion? Sí, te creo, por que he leído en tu alma, y el amor que la envuelve es ingenuo y puro.



Y rasgando con su puñal los camelotones, Frari sacó á su enemigo de aquel envoltorio. (Pág. 423, columna 1.ª)

—¿Y no es verdad que eso solo te basta para depositar en mí tu confianza?

—Sí, Croverto; porque estoy segura de que no hay un amante verdadero que se atreva a manchar la frente de la mujer que idolatra. ¿Y quién se atreverá á dudar que no me amas como yo deseo?

—Mi amor, Delia, es inalterable y profundo; es un amor que prescinde del rostro y busca el alma con la ansiedad que la tortolilla tiende las alas hácia su nido. ¿No recuerdas que cuando leíamos á Platon, me interrumpia para decirte que era imposible que se concibiera un amor mas sublime que el que predicaba aquel filósofo? ¡Ah! Delia! nada hay mas hermoso que un amor de esta clase; nada hay mas bello, en toda la acepcion de la palabra, que un amor que busca el espíritu á través de la materia como se vuelve con los ojos á Dios entre los cortinajes del cielo; un amor que no es solo de este mundo, sino que tambien pertenece á la tumba, porque de la tumba se eleva á Dios el amor platónico en místicas ráfagas de riquísimos y esquisitos perfumes, á la manera que se elevan las estrellas en el cielo destellando matizada y suave luz de oro.

—¡Oh dulce esposo mio! exclamó arrobada la jóven! yo pongo á los cielos por testigo de lo mucho que te amo!

—¡Delia! qué encantos tiene tu voz! ¿Por qué me quieres matar con tanta felicidad? ¿quién poseerá un amor tan grande como el nuestro? Torrentes de armonia que vagan por las esferas de la luz son tus inocentes pensamientos, y tu alma es el lago tranquilo y apacible que dibuja en sus olas arrulladoras la hermosura del firmamento... ¡Delia! cuán venturosos hubiéramos sido con la bendicion de tu padre!

—¿Y por qué no puede arrepentirse y llamarnos á su lado cuando sepa la intensidad de nuestro afecto? exclamó Delia llena de esperanzas.

—¡Qué buena eres! murmuró Croverto; tu razon sencillo no te deja ver la potestad que en otros tiene el orgullo y la ambicion.

(Se continuará.)

ORÍGEN É INSTITUCION DEL TEATRO

EN ROMA.

Nada mas digno de exámen ni mas interesante que la antigua institucion del teatro romano, no solo por ser generador del actual, sino tambien por su analogia con este y el notable grado de perfeccion á que llegó en aquellos tiempos de evidente cultura.

La primera nocion del teatro en Roma fué debida á la Grecia, á esa madre del saber humano, y de cuyo fecundo seno han salido ya formadas tantas y tan sólidas ciencias, tantas y tan delicadas artes. Pero el origen de la declamacion no puede ser mas humilde. Casi imposible parece, á juzgar por sus degradantes principios, que un arte de tan pobres condiciones llegara á figurar siglos despues entre los que reportan una utilidad directa á la sociedad. Y si no: ¿puede darse cosa mas indigna que aquellos asquerosos diálogos, establecidos desde lo alto de una carreta por la torpe lengua de los segadores, é improvisados otras veces entre el vapor del vino en honor al dios de las vides? ¿Qué se habia de esperar de un arte que reconocia por única base la embriaguez?

Aquellas viles contiendas plagadas de chistes obscenos, de agudezas brutales que el eco de los montes recogia escandalizado de boca de los labriegos, fueron despues á resonar en las plazas públicas y á reproducirse ante la muchedumbre de populosas ciudades. Los juegos escénicos formaban, pues, parte de las fiestas tributadas á Baco y Ceres. Mientras las bacantes cubiertas con la piel de lince, coronadas de pámpanos, agitando el tirso en una mano y haciendo con la otra vibrar el cimbalo, recorrían desalentadas las largas calles de Roma; los histriones, con su descompuesta gesticulacion y equivocadas frases, hacían prorumpir á la plebe del foro en lubricas carcajadas.

Hasta entonces esta clase de diversiones se nos presentan como una de tantas fórmulas del culto gentilicio; habían sido exclusivamente creadas con

el objeto de agradar y atraerse la benevolencia de ciertas divinidades; pero ¡qué diferentes fines produjeron luego! De una institucion sagrada se hizo una institucion política, un medio de oposicion á los gobiernos, en el que se atacaba descaradamente á la personalidad, se citaban hechos y no se respetaban dignidades ni categorías. A tal extremo llegaron los abusos, que al fin hubieron de cohartar estas licencias por la ley de las Doce Tablas, la cual prescribía enérgicamente que ningun ciudadano pudiera ser justa ó injustamente objeto de la sátira y del ridiculo en las composiciones escénicas, porque, segun dice Ciceron, el juicio de nuestra conducta solo compete á las funciones del magistrado, y no debe, por lo tanto, pender nuestra reputacion del arbitrio de los poetas. Pero si en Roma se habia ya opuesto un dique á semejante desbordamiento, no sucedia así en la Grecia, cuyas leyes civiles y religiosas lo toleraban. Las comedias de Aristófanes nos dan fiel testimonio de lo mucho que se desarrollara la maledicencia en aquella sociedad corrompida, que acogía con muestras de regocijo los ultrajes inferidos á sus cabezas. Por eso cuando se concibió el proyecto de levantar en Roma un teatro de piedra, á imitacion del de Atenas, el Senado, previendo en él un germen de corrupcion é inmoralidad para lo sucesivo, se negó abiertamente á su establecimiento: mas tarde reconoció la gran necesidad que de él habia para poder distraer de ese modo las masas de un pueblo vagabundo en su mayor parte, y agitado siempre por graves acontecimientos.

La idea del teatro en Roma no tuvo una aceptacion general. Habitado el pueblo á las bárbaras emociones del circo y del anfiteatro, no sabia aun apreciar el delicado goce de las que nuevamente se le ofrecían. Además el ciudadano romano, cuyo bélico orgullo le mantenía en guerra continua con el mundo entero, familiarizado con las escenas de horror y desastre, contemplaba gustoso teñir la arena con la sangre de los gladiadores, recordando la que habia vertido por sus propias manos en los campos de batalla. Tal vez al percibir las carnes palpitantes todavía, al sentir el con-



EL GENERAL BEURET.

tacto de los vapores sanguineos, al hallarse envuelto en la nube de polvo levantada por los combatientes, y en el instante de desgarrar sus oídos el estentóreo ¡ay! de la víctima, se creyera trasportado al colmo del sublime.

Vamos, antes de esplicar la influencia literaria de la declamacion teatral, á reseñar los lugares destinados para las representaciones publicas. Siendo, como hemos dicho, esta clase de espectáculos anejos al culto de los dioses, los edificios construidos á este fin, fueron primeramente contiguos á los templos, y dedicados á una divinidad del Olimpo cuyo nombre llevaban. Como observamos hoy dia, el plano primitivo del teatro apenas ha sufrido alteracion en su forma; de tal modo, que el antiguo semicírculo facilmente podria ajustarse á la herradura de nuestras salas modernas de espectáculo. Tres eran las secciones ó recintos en que se hallaba dividida el área total del teatro, de los cuales el primero se designaba con el nombre de *scena* ó *pulpitum*, por estar elevado sobre el nivel del suelo; con el de *orquesta* el segundo, por verificarse en él las danzas y demás juegos coreográficos, y el otro le componian las gradas que debian ser ocupadas por los espectadores. Posteriormente la orquesta sirvió tambien para colocar en ella los asientos de los senadores como lugar preferente y mas cómodo. Además de estas divisiones capitales del teatro, habia otras varias accesorias y contenidas en ellas, de que hace mencion Vitruvio en su *Tratado de arquitectura*.

Los espectáculos teatrales tenian lugar despues del medio dia; y tanto por dar libre paso á la luz, como por impedirlo las enormes proporciones del local, los teatros no estaban cubiertos, si bien en el verano solia estenderse sobre ellos un toldo inmenso de púrpura, que servia de defensa contra el rigor canicular.

En cuanto á la decoracion de la escena, desde un principio se advirtió la necesidad de que fuera propia y adecuada al pensamiento del autor, solo que allí la naturaleza suplía los artificiales efectos de nuestra maquinaria. Asi, cuando se queria representar la plaza de una ciudad, se edificaban fachadas y monumentos de piedra; cuando un palacio, altos pórticos y soberbias graderias de mármol, y cuando el interior de un bosque, verdaderas encinas trasplantadas.

Luciano el Cínico, cuya lengua mordaz nada

respetó de divino ni humano, hace la descripcion ridicula de los trajes de que se servian los actores griegos. De estos pasó á los romanos la costumbre de aumentar las proporciones del cuerpo, debidas, sin duda, á la preocupacion de que los héroes habian sido de formas gigantescas, ó por exigirlo así la óptica de aquellos vastos teatros. A este fin se destinó una especie de calzado, de suela enorme, llamado *coturno*, que elevaba la estatura del actor de un modo prodigioso. No contentos con esto, y para que el diametro correspondiese á la altura, se abultaban y rellenaban el interior del vestido de lana ó estopa, con lo que vistos de cerca parecian verdaderos monstruos; pero no así á los espectadores de las últimas gradas, desde donde recobraban su tamaño natural. Cubrianse tambien el rostro con máscaras propias al personaje que iban á representar, por lo que se las daba el nombre de *persona*: las máscaras se clasificaban, segun los generos de declamacion, en trágicas, cómicas y satíricas. Algunas de ellas tenian en la boca cierto aparato acústico, que, modificando la voz del actor, la llevaba clara y distinta por todo el ámbito del teatro; pues de otro modo no se comprende cómo pudiera hacerse perceptible de una multitud de cien mil personas. El uso de la máscara debió derivarse de las primeras fiestas campesinas, en las cuales los vendimiadores se solian embadurnar la cara con heces de vino, para hacer mas grotesca su figura. Hoy dia la máscara ha degenerado en uno de los atributos del arte escénico.

Se ofrece ahora tocar un punto largamente disertado, garantido por infinidad de autoridades y que es el lado irrisible del antiguo teatro, la prostitucion del arte: queremos aludir á aquel género híbrido de representar, segun el cual un mismo papel era desempeñado por distintos actores. La accion y la palabra: estos dos elementos persuasivos del hombre, tan íntimamente enlazados entre sí, y de cuyo mútuo auxilio nace la unidad escénica, fueron bruscamente separados. Si el arte no es otra cosa que un calco embellecido de la naturaleza, tanto mas agradable serán los efectos que produzca, cuanto mas se le aproxime; pero en el momento que se trate de quebrantar sus leyes, de trastornar su orden, no se espere la belleza artistica, solo si la deformidad y la inverosimilitud. ¿Quién seria capaz de comoverse á la vista de un actor de cuya boca saliesen ver-

sos ardientes en los que dominara la exaltación de las pasiones, mientras que sus brazos inactivos, su gesto invariable y sus ojos fijos revelarían una total indiferencia? ¿Y acaso no parecería tanto ó mas ridiculo el personaje que, sustraído del uso de la palabra, supliera su mudez por una convulsa agitacion de movimientos? La atencion, una de las condiciones precisas en todo teatro, no podria menos de dividirse entre ambos actores, y acabar por fatigarse.

Otro carácter particular de aquella declamacion es el acompañamiento músico del verso; costumbre que han tratado algunos de justificar, atendiendo á la bella fluidez de la lengua latina, tan fácil de sujetarse á la medida musical; pero que á mi juicio, no es sino un círculo vicioso y rutinario, dentro del cual habrian de sofocarse todos los efectos, perderse todos los detalles. La voz del actor era, pues, sostenida por flautas mas ó menos gruesas que, conforme su calibre, tomaban los nombres de *tibia*, *tuba*, *destra* ó *sinistra*. La tibia, la mas aguda de las flautas, servia únicamente para la modulacion femenil; las otras para la de los varones, cuyos tonos aumentaban en gravedad tanto, cuanto mayor se suponía ser la edad del personaje acompañado. La declamacion, amalgamada de este modo con la música, ni aun merece el nombre de tal. El actor, esclavo siempre del oído, no podria disponer de esa libertad que permite el inteligente juego de las pasiones, la transicion del tono y la oportuna elocuencia de la pausa.

Entre los griegos, el arte de la declamacion gozaba de la mas alta estima; tanto, que á veces, por un refinamiento de buen gusto, solia entrar en la educacion de la mujer como un medio de desarrollar los naturales atractivos del cuerpo, perfeccionar los modales y dar á la voz todo el encanto de que es susceptible. Mas bien que profesion, hicieron de él una especie de sacerdocio, á que no se desdeñaban pertenecer los principales hombres de la república, y que fué durante mucho tiempo ejercido con verdadero entusiasmo. No sucedió lo mismo en Roma: el carácter grave y altivo de esta nacion no la permitia dedicarse en tan fútil entretenimiento, y hasta la dignidad del ciudadano romano parece que se rebajaba ante la idea de convertirse en un punto fijo, donde se concentrase la universal mirada de un público bullicioso. Por esta razon, en un prin-

cipio mandaron á buscar sus actores á la Grecia, y como pueblo litoral los trajeron de la vecina Histria. Luego esta preocupacion fué desvaneciéndose hasta desaparecer por completo, y la declamacion llegó á ser considerada en tiempo de César como un ejercicio libre, de ningun modo infamante, y antes bien honroso para los que lo profesaban. La proverbial amistad de Ciceron con Roscio nos lo prueba evidentemente.

El establecimiento del teatro en Roma abrió á la literatura latina un camino hasta entonces ignorado: faltábala no obstante un modelo, un tipo á que sujetarse, y ese elemento primordial de que carecía y sin el cual toda tentativa hubiera sido vana, no podía residir en otra parte que en la literatura griega. Ya hemos visto anteriormente á la Grecia suministrando al teatro romano los primeros rudimentos del arte, iniciándole en sus costumbres; no faltaba ya sino que sus obras, sirviéndole de norma, contribuyesen á educarle en el buen gusto. Tan imprescindible y necesario era esto, que las tragedias de Esquilo, Sofócles y Eurípides, las comedias de Aristófanes y Menandro, no tardaron en ser nuevamente aplaudidas sobre la escena romana, si bien modificado su original y acomodadas á los hábitos peculiares de este pueblo. Es verdad que muchas de sus bellezas hubieron de perderse deplorablemente en la version; pero tambien no es menos cierto que el genio creador de sus traductores supo adornarlas de otras nuevas, que bien podian competir con las antiguas si no superarlas. Respondan en prueba de esta verdad las obras de Séneca, de Plauto y de Terencio.

Religion, moral y política: hé aquí las tres formas diferentes que fué afectando el teatro desde su origen. Una institucion de semejantes tendencias no podia menos de interesar á una sociedad ya civilizada como la de Roma; así es que el teatro pronto se hizo una de sus necesidades públicas mas imperiosas. Ya no tenian los ediles que valerse de medios indirectos para atraer á las representaciones escénicas á un pueblo indiferente, sino que él mismo se estrellaba contra los pórticos del teatro, ansioso por ocupar las gradas.

Las horas del dia consagradas á esta diversion eran siempre uniformes, por cuyo motivo no se solian admitir las obras que escudiesen de cinco actos, pues de no ser así, no hubiera podido coincidir su duracion con el tiempo prefijado. Esta es sin duda la intencion de Horacio al dividir en su *Arte poética* en cinco partes las obras destinadas al teatro.

Roma recibió el conocimiento del teatro de la culta Grecia como un presente civilizador; mas este presente de tanta estima fué correspondido por ella con la mas negra ingratitud. Roma tambien quiso á su vez innovar las fiestas de los griegos y la dió en cambio del teatro sus *circenses*.

CÁRLOS PIZARROSO.

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 25).

El esposo entonces la estrecha contra su corazon, y sus lágrimas se confunden, brotando lentamente de sus ojos.

III.

El tercer canto se compone de esa lucha del padre, la madre y la hija, en que todos quieren tener el derecho de morir para salvar la familia.

«Yo sola os salvaré á todos, dice la jóven.—¿Por qué se desean, pues, los hijos? ¿No deben sacrificarse por sus padres?—¿Sea en esta vida ó en la otra, el hijo no espia las faltas del padre? y en los libros sagrados, no se denomina el Sal-

vador del alma de aquel que le dió el sér?—¿Ved á mi hermano, es muy niño todavia! ¿Si tú, madre mia, te vas á la vida eterna, esa inocente flor se marchitará en su tallo, y si sube al cielo antes de tiempo, nuestros antepasados no gozarán de los sacrificios que le debe!—¿Salvándote tú, padre mio, salvas á la vez á mi madre y á mi hermano, y los sacrificios se perpetuarán en la familia!..... ¿Tu hijo eres tú mismo! tu esposa es el alma de tu alma! solo tu hija es la causa de tus penas; permíteme, pues, morir por tí y por ellos.—¿Piensa en la horrible situacion en que nos quedaremos despues de tu muerte; piensa en que tendrémus que mendigar el pan de los estraños, y devorar la limosna como perros hambrientos!»

IV.

Estas palabras redoblan las lágrimas y los suspiros del padre, de la madre y de la jóven. A este espectáculo, el niño, sorprendido al ver las lágrimas, cuya causa apenas comprendia, y anticipándose por su emocion á la edad en que podria defender á sus padres y hermana, tartamudeó, dice el poeta, estas palabras casi inarticuladas, y corriendo del uno al otro.

«¿No llores mas, padre mio! no llores mas, madre mia! hermana, no llores mas! Y blandia en su mano un manajo de yerba que acababa de coger, como si fuera un arma. «¿Con esto mataré, decia, á ese gigante que se alimenta de carne humana!»

Astyanax, en Homero, jugando con el penacho del casco de su padre que iba á morir, no presenta un espectáculo mas ingénuo, ni un contraste mas tierno.—Pero el grito del hijo del bracman, queriendo combatir con su manajo de yerba al gigante matador de su familia, vibra mas íntima y poderosamente en el corazon.—Astyanax juega con una muerte que no ve; el hijo del bracman la arrostra y la desafía para salvar á su padre; el instinto, pues, degenera en ternura, en heroismo y en santidad en el poema indiano. Homero no es mas que pintoresco, el poeta indio es espiritualista.

Con el griego se conmueve uno de admiracion; con el indio nos santificamos.

Este poema, que ha sido traducido parcialmente del idioma sagrado de la India, se termina por la abnegacion de los huéspedes del bracman, por la salvacion de la familia y por el castigo del tirano.

Pero vamos á leer y comentar mutuamente una obra maestra en poesia, épica y dramática á la vez, y que reúne en una sola accion lo que hay de mas pastoral en la Biblia, mas patético en el *Eschilo* y mas tierno en Racine.—Esa obra maestra es el *Sacountala*.

V.

Si quereis juzgar de la impresion que hizo en mí dicha obra exhumada de un idioma, mudo y muerto hace ya muchos siglos, escuchad lo que hizo en el espíritu de Mr. de Chézy, que es su sábio traductor, la vez primera que leyó el poema.—Mr. de Chézy es un erudito, mientras que yo no soy mas que poeta; por lo tanto hay mas mérito en conmover la ciencia que la imaginacion.—Y no crei realmente en la existencia de los motivos de mi entusiasmo, hasta que lo ví repercutirse en el corazon de un hombre científico.

«No olvidaré nunca, dice Mr. de Chézy, la arrebatadora impresion que hizo en mí la lectura del drama de *Sacountala* hace unos treinta años, cuando cayó casualmente entre mis manos la hermosa traduccion inglesa, que ha hecho el célebre W. Jones, de dicha obra maestra.—Pero pensé yo, tanta delicadeza, tantas gracias, una pintura tan interesante de costumbres que nos revelan el pueblo mas culto, mas moral y espiritual de la tierra, inspirándonos el pensamiento de ir á buscar la ventura en su regazo; todo eso pensé, repito, ¿existe en el original de los indios? ó será una ilusion debida al estilo elegante y á la brillante imaginacion del traductor?

«¿Qué hacer para aclarar mis dudas? No se presentaba ante mis ojos mas que un solo medio, el de aprender el idioma sanscrit, que es el

mas admirable; pero tambien el mas difícil de todos los idiomas conocidos, y para cuyo estudio no se habia publicado, en aquella época, ninguna obra elemental.—La biblioteca del rey poseia un ensayo informe de gramática; manuscrito compuesto por un portugués, á lo que creo; pero que no contenia mas que el simple paradigma del verbo sustantivo, el cuadro de las declinaciones, una parte del vocabulario de Amara y una lista de los *dhatous*; y todo esto lleno de los crasos errores, aptos mas bien para desanimar que para darnos el deseo de descifrar aquella horrible confusion y de buscar la luz en aquel escrito tenebroso.—Por lo tanto, se pasaron muchos años sin que pensase recurrir á dicho medio, y ese primer germen de deseo, depositado en mi espíritu por el mismo Sacountala, quedose sepultado en la mas profunda inaccion.

«Sin embargo, la literatura sanscrit, gracias á los trabajos de los sábios ingleses que han estudiado la India, adquiria de dia en dia una extension mas vasta, y sus memorias, á cual mas interesantes, consignadas en la primera recoleccion del *Asiatic-Researches*, concluyeron por despertar mi curiosidad, hasta tal punto, que me determiné un dia (era hácia fines del año 1806) el ensayar de comprender alguna cosa en la pésima compilacion de que acabo de hablaros, y me puse á tartamudear el alfabeto.

«Algunos meses de un trabajo asiduo me pusieron en estado de poderme formar una idea del sistema de la declinacion y la conjugacion sanscrita, y del modo tan complicado como ingenioso de la ortografia de las palabras.—Traté, por lo tanto, de aplicar dichos elementos, ejercitándome en algun manuscrito, porque no existia entonces ningun testo impreso, salvo el del *Hitopadése*, que no habia llegado aun al continente. Pero la traduccion de esa obra curiosa, hecha por el Nestor de la literatura sanscrit, el célebre Wilkins, estaba hacia ya mucho tiempo en poder de los sábios, y como la biblioteca del rey poseia un manuscrito del original indio, fué ese naturalmente el testo que adopté, sirviéndome para descifrarlo de la traduccion inglesa, de que os he hablado, como si fuera un diccionario.

«En cuanto á los esfuerzos que me costó para comprender algunas palabras, luego frases aisladas, y por último pasajes completos, le será fácil al lector el comprenderlo; así como el placer que se apoderó de mí cuando conseguí mi objeto.

.....

«Aunque bastante hábil en gramática y en prosodia, no me atreví, sin embargo, el ensayar nuevamente la lectura del *Sacountala*, antes de prepararme á ello, por la de otros pequeños poemas mas difíciles que los que hasta allí habia leído; pero que por su brevedad me ofrecian una tarea menos penosa en mis estudios; y hacia fines del año 1813 resolví vencer las solas dificultades que me quedaban todavia, y creíme en estado de publicar esa obra maestra, si no en el estado perfecto que deseara, al menos con la conciencia de no haber olvidado nada, por acercarme todo lo posible á mi modelo.

«Quiera Dios, añade el ingénuo y laborioso traductor, que no me haya halagado una esperanza vana, y que la estimacion de algunos sinceros y apasionados amigos de las letras recompensen mi trabajo.

«Ya mi testo estaba impreso hacia mas de un año, y los últimos pliegos de mi traduccion en prensa, cuando á la noticia de la publicacion de las obras maestras del teatro indio, por el sábio Wilson, temí que nuestra *Sacountala* fuese eclipsada en su aparicion por sus enojosos rivales; y que el cuidado que habia puesto en mostrar aquellos encantos fuese perdido.—Leí dichas piezas y mi temor se disipó, porque si son las obras maestras del teatro indio, me parece que el *Sacountala* merece el título de la obra maestra de las de dicho teatro.

«Efectivamente, excepto algunas escenas de *Vasantasena*, notables por la sensibilidad y la naturalidad que brillan en ellas, y algunas situaciones llenas de encanto en el drama de *Ourvasi*.

composicion inferior á Sacountala como invencion, aunque son hijas de un mismo padre, por decirlo así:—las demás piezas de dicha recoleccion no tienen nada que oponer á las bellezas de primer orden que resplandecen en todo el *Sacountala*, y que por el modo con que las ha distribuido Calidasa, hacen de dicha obra un conjunto completo.

»En cuanto á los que han querido comparar dicho drama á una simple *pastoral*, como si se tratase de reñiles y de carneros, á imitacion de Florian, convendremos con ellos que el primer acto se aproxima algo á ese género, y que nos ofrece un modelo tan perfecto del idilio, como ha sido concebido por algunos de los mejores poetas bucólicos de la antigüedad; pero en cuanto á lo demás, les preguntaremos qué clase de *pastoral* han visto tan patética, tan noble, con tanta elevacion de sentimientos, al nivel en que se encuentran generalmente en dicho drama, en el cuarto acto sobre todo, donde nos parece que han llegado al colmo de la perfeccion bajo este punto de vista.

»Puede ser que algun espiritu descontentadizo, sin reflexionar que esta composicion data de *medio siglo* antes de nuestra era, sorprendido del defecto de unidad, de tiempo y de lugar que reina en él, lance en contra suya el terrible anatema de *romanticismo*.—Sin embargo, en gracia de la pureza eminentemente clásica de su estilo, y la esquisita naturalidad con que están trazados los diversos caracteres que le dan vida, le rogáremos de que al menos modifiquen su juicio, y que comprendan esta obra maestra, bajo la denominacion *clásico-romántica*, deseándoles para gloria suya que produzcan una igual.»

VI.

Prosigamos, pues:

Mi impresion personal no fué ni menos viva ni menos arrebatadora que la del traductor, la primera vez que cayó en mis manos el poema dramático de *Sacountala*.—Creí entrever, reunido en un solo poeta primitivo, el triple genio de Homero, de Teócrito y del Taso.—Este poema, originariamente épico, se trasformó en dramático entre las manos de Kalidasa, que fué su segundo autor, y vamos á daros, sin embargo, el análisis compendiado de este delicioso é ingenuo episodio, extraido del *Mahabarata*, y escrito con una fuerza y una simplicidad mas antigua que el mismo drama.

En las obras de la India, como en las de la Grecia ó de la Italia, el carácter, por decirlo así, *granítico* de los primeros poetas, es una especie de brevedad sóbria y varonil que calca la naturaleza, en su estado primitivo, y que no reviste con inútiles adornos la desnudez y la virilidad del pensamiento.—Las poesías se afeminan envejeciendo: en vez de Job teneis á Séneca, y en vez de Homero teneis á Taso; esa finura, ese adorno y esa afeminacion de la poesía, á medida que la civilizacion se ha refinado, no son menos sensibles en los poetas indios que en los contemporáneos.—Alejándose de la naturaleza primitiva, el arte se corrompe.—La grande obra de las literaturas perfeccionadas, es de remontarse á la simplicidad que es la primera palabra del sentimiento.—Hé aquí por qué en casi todos los idiomas, la palabra antiguo es sinónimo de verdadero ó hermoso.—*Es bello como una cosa antigua*, dicen todos los pueblos letrados.—La poesía surge con una prodigiosa explosion de sávia del seno de la barbarie, en el momento en que esta barbarie se civiliza; luego se corrompe alejándose de la naturaleza primitiva, y cuando se quiere encontrarla nuevamente en toda su belleza, es necesario buscarla casi en su cuna.

VII.

Estas observaciones están justificadas en la India como en Europa, por el carácter gigantesco de las poesías primitivas, comparado con la degeneracion de las de épocas mas recientes.—Se reconoce al primer golpe de vista ese carácter de virilidad que tiene lo antiguo, y el refinamiento y la coqueteria de lo moderno, comparando el poema antiguo de *Sacountala*, con el drama relativa-

mente moderno que lleva dicho nombre.—Recordamos el poema; hélo aquí:

El héroe primitivo, *Douchmanta*, reinaba en toda la India; y descendia de una raza inmemorial de reyes.—Sus pueblos eran religiosos, obedientes y pacíficos bajo su mando.—La naturaleza parecia complacerse en favorecer aquellos dichosos pueblos: lluvias dulces y fecundas en la sazón favorable regaban la tierra metódicamente, cuyo fértil seno, sin ser desgarrado por la reja del arado, producía abundantemente frutos alimenticios; é inmensos rebaños, pastando por doquiera entre la espesa yerba, le traían diariamente al hombre el tributo de su leche.

El jóven rey, dotado de un valor heroico, y tan hábil para montar un caballo fogoso, como para domar un elefante enfurecido, siempre vencedor, sea que se sirviese de la lanza ó de la maza, de la cimitara ó el arco, semejante en majestad al jefe de los inmortales, y en brillantez al poderoso dios de la luz, era el amor y la admiracion de su pueblo.

Un dia, acompañado de un numeroso ejército compuesto de caballos, infantes, carros y elefantes, resolvió de ir á un vasto y espeso bosque para entregarse al placer de la caza.—Avanzaba en medio de las aclamaciones de los guerreros y al agudo son del caracol y de la trompeta, confundidos con el ruido de los carros, el relincho de los caballos y los gritos salvajes de los elefantes, una multitud de mujeres deseando ver al héroe con todo su aparato de grandeza, se precipitan en las azoteas circunvecinas.—«¡Oh! es el intrépido Vasou, esclaman trasportadas de alegría.—Indra, armado de sus rayos, avanzaría con menos esplendor!» Y mil graciosas manos arrojaban flores á porfia sobre él, mientras los virtuosos bracmanes, alzando sus manos hacia el cielo, imploraban para el monarca los favores de *Bracma* (Dios de la India, ó Dios creador).

Un numeroso cortejo de ciudadanos de todas clases se apresuró á seguir hasta el bosque al soberano querido.—Montaba un carro tan rápido como el vuelo de *Souparna*, que era la célebre montura de Vichnou, y se perdía en sombras que nunca veían la luz, y que inspiraban un delicioso terror.—Es bosque solitario, abandonado por el hombre; no habitan en él mas que el elefante salvaje, el leon, el tigre y otras bestias feroces que turban el espacio sin cesar con sus terribles rugidos.

Inquietados estos en su asilo, se precipitan rabiosamente sobre los cazadores que los persiguen, y estos tienen necesidad de emplear toda su maestria y vigor para apoderarse de tan terribles presas.

Douchmanta es el primero que les da el ejemplo de intrepidez y de audacia. Mas de un tigre furioso cae, ora muerto con un golpe de su formidable maza, ora atravesado con sus rápidas flechas.—Lanzados de todas partes, se ve á los leones y elefantes, cubiertos de sudor y de espuma, refugiarse por manadas en las cercanías de las aguas para apagar el fuego que los devora; pero la mayor parte caen rendidos de fatiga al borde de los estanques y mueren dando gritos horribles.—Algunos aguijoneados por la desesperacion, se revuelven y se lanzan sobre sus enemigos, y pisoteándolos ó estrangulándolos con sus trompas, toman una terrible venganza de ellos. Por eso el bosque, no há mucho tan bullicioso, no presenta mas que el aspecto de un campo de batalla entregado al silencio, cubierto de cadáveres, manchado de sangre y sembrado de astas de lanzas rotas, mazas, arcos, flechas y despojos de todas clases de armas.

VIII.

Sin embargo, los cazadores aguijoneados por el hambre, matan unos cuantos ciervos y otros animales salvajes, que si bien se habian librado de la voracidad de los animales carnívoros, han caído en poder de los cazadores.—Los asan en una grande hoguera encendida para el efecto, y despues de satisfecho su apetito, descansan algunas horas.

Pero no tarda mucho *Douchmanta* en dar la

señal de partida, prosigue su marcha, y despues de haber atravesado una llanura estéril, entra con su cortejo en otro bosque de un aspecto totalmente distinto del primero.—Ya no es ese salvaje horror que la naturaleza, abandonada á sí misma, imprime á las vastas soledades: en este bosque, por el contrario, todo indica la presencia y los trabajos del hombre.—Ya no son los rugidos del leon, ni los gritos del tigre, que sorprenden á los viajeros; sino el bramido lejano del ciervo, el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas, que resonando dulcemente en el oído, difunden en el espíritu un sentimiento inesplicable de calma y felicidad.—Los mas elegantes árboles entrelazando graciosamente sus flexibles ramas, doblegadas bajo el peso de sus frutos y sus flores, se balancean dulcemente al soplo del céfiro que les roba sus mas suaves aromas, para embalsamar los aires lejanos del vacío, y las brisas que rocian los prados esmaltados de las *Gandharvas* y las *Apsaras* (1), que esplendentes en su hermosa juventud, prosiguen sus juegos infantiles deslizándose de un sitio al otro, como sombras ligeras.

IX.

El héroe se interna deliciosamente bajo las cúpulas de los follajes, en las que los rayos del sol no dejan penetrar mas que una claridad pálida é indecisa, y apenas el suficiente aire tibio para templar la frescura de los bosques. Llega, por último, á la florida ribera de un rio, que se desprende tan puro como fresco, de las neveras del Himalaya, y allí descubre una floresta en la que se abriga la ermita de un santo y anciano solitario llamado *Canoua*, célebre en toda la India por su sabiduría, su don profético y su ascetismo.—De trecho en trecho, distínguese en las orillas del rio, cual se eleva el humo de los sacrificios por entre los copas de los árboles para remontarse al cielo, grupos de bracmanes, sacerdotes y religiosos, disertando entre ellos sobre los misterios, ó cantando en verso las hazañas históricas de los héroes antiguos; mientras otros se entregan á contemplaciones estáticas y á penitencias que doman y aniquilan los sentidos, para alcanzar la perfeccion espiritual.

(Se continuará)

HISTORIA DE LA GUERRA

DE LA

INDEPENDENCIA ITALIANA

(Continuacion.—Véase el n.º 26).

El paso del Tesino, que dió lugar á la sangrienta victoria del 4 de junio, empezó en la noche del 2 al 3, con la construccion hecha sin resistencia de tres puentes echados en Túrbigio, bajo la proteccion de la division Camon, compuesta de los cuatro regimientos de caballería y del batallon de cazadores de infantería de la Guardia imperial. Una de las brigadas de esta division tomó posicion inmediatamente en la orilla izquierda del rio, y ocupó á Túrbigio, en la orilla oriental del gran canal, á fin de defender las márgenes de los puentes colocados en los dos canales. La distancia entre el rio y el canal que lo prolonga, parece estar en este punto, segun los mejores mapas, de 500 á 600 metros.

Para comprender los incidentes de esta lucha tan gloriosa, preciso es, ante todo, dar una idea exacta del terreno en que tuvo lugar.

Cuando al venir de Novara y dirigiéndose hacia Milan, por el camino real, se llega al Tesino, lo primero que se encuentra es un magnífico puente de piedra, de once arcos, que pone en comunicacion los dos rios. Este punto es designado indistintamente con los nombres de San Marino, aldea situada en la orilla derecha, ó de Buffalora. Despues de pasar los brazos del rio y una isla que los separa, se halla á la distancia de un kilómetro, poco mas ó menos, el gran canal que pasa al pié de la ciudad de Buffalora

(1) Ninfas de la mitología india.

colocado en su orilla oriental, y que atraviesa el camino de Milan. Desde este punto, el canal se aleja del Tesino, y á distancia de tres kilómetros, en la aldea de Ponte di Magenta, deja entre él y el rio un intervalo de cerca de 4 kilómetros.

Magenta, ciudad situada en el camino de Milan, está á 4 kilómetros de Buffalora, y á 2 de Ponte di Magenta. Estas tres localidades forman juntas un triángulo, cuyos tres costados lo forman el canal, el camino de Milan, y el camino de Ponte di Magenta.

Túrbigo, donde los aliados habían arrojado muchos puentes, está á 8 kilómetros y medio de Buffalora.

El día 3, el general Mac-Mahon se dirigió sobre Túrbigo, á donde llegó entre doce y una. De las dos divisiones de infantería que componen su cuerpo de ejército, no llevaba consigo mas que la division mandada por el general la Motterouge. La del general Espinasse se había quedado frente á San Martin, para amenazar la cabeza del puente atrincherado, y ocupada por los austriacos.

Hé aquí el parte oficial de este sangriento combate, inserto en el *Boletín oficial* del ejército de Italia, y publicado en el *Moniteur* de Paris. Dice así:

«Cuartel general de San Martino, 5 de junio de 1859.

«El ejército francés reunido alrededor de Alejandria, tenía delante de sí grandes obstáculos que vencer. Si marchaba sobre Plasencia, tenía que emprender el sitio de esta ciudad y abrirse á viva fuerza el paso del Pó, que en aquel punto tiene 900 metros de anchura, y esta operacion tan difícil debía ser ejecutada en presencia de un ejército enemigo de mas de 200,000 hombres.

«Si el emperador pasaba el rio por Valenza, se encontraba con el enemigo concentrado sobre la orilla izquierda en Mortara, y no podía atacarle en esta posición, sino por columnas separadas, maniobrando en medio de un pais cortado por canales y rios. Había, pues, por ambos lados, un obstáculo casi insuperable. El emperador decidió rodearle y desconcertar el plan de los austriacos, reuniendo en masa su ejército sobre la derecha y haciéndole ocupar á Casteggio y á Bobbio sobre el Sesia. El 31 de mayo, el ejército recibió orden de marchar por la izquierda y atravesó el Pó en Cassale, cuyo puente había quedado en nuestro poder. El ejército tomó en seguida el camino de Vercelli, donde se verificó el paso del Sesia, para proteger y cubrir nuestra marcha rápida sobre Novara.

«Los esfuerzos del ejército se dirigieron hácia la derecha sobre Bobbio, y dos combates gloriosos para las tropas sardas dados en aquel lado, tuvieron por resultado el hacer creer al enemigo que marchábamos sobre Mortara. Pero durante este tiempo el ejército francés se había dirigido hácia Novara y tomado posesion del mismo terreno en que diez años antes el rey Carlos Alberto había combatido. Allí el ejército podía hacer frente al enemigo si se presentaba.

«Esta marcha atrevida había sido protegida por 100,000 hombres acampados sobre nuestro flanco derecho en Chengo, delante de Novara; en semejantes circunstancias, era á la reserva á quien debía emprender y confiar la ejecucion del movimiento que se operaba detrás de la línea de la alla.

«El 2 de junio una division de la Guardia imperial fué dirigida hácia Túrbigo, sobre el Tesino, y no hallando resistencia alguna, echó tres puentes sobre este rio.

Habiendo tomado informes el emperador, que estaban contestes en darle á conocer que el enemigo se retiraba por la orilla izquierda del rio, hizo pasar el Tesino en aquel sitio por el cuerpo de ejército del general Mac-Mahon, que fué seguido al día siguiente por una division del ejército sardo. Apenas nuestras tropas hubieron tomado posesion sobre la orilla lombarda, fueron atacadas por un cuerpo austriaco llegado de Milan por el camino de hierro. Este ataque fué rechazado victoriosamente á la vista del emperador.

En el mismo día 2, la division Espinasse se había adelantado sobre el camino de Novara á Milan hasta Irecate, desde donde amenazaba la cabeza del puente de Buffalora.

El enemigo evacuó precipitadamente los atrincheramientos que había establecido sobre este punto, y se replegó sobre la orilla izquierda haciendo volar el puente de piedra que atraviesa el rio en aquel punto. Sin embargo, el efecto de sus trabajos de mina no fué completo, y los dos arcos del puente que se había propuesto derribar, no hicieron mas que hundirse, pero sin interrumpir el paso.

El día 4 había sido fijado por el emperador para la toma de posesion definitiva de la orilla izquierda del Tesino.

«El cuerpo de ejército del general Mac-Mahon, reforzado por la division de los cazadores de la Guardia imperial, y seguido de todo el ejército del rey de Cerdeña, debía dirigirse desde Túrbigo sobre Buffalora y Magenta, mientras que la division de granaderos de la Guardia imperial se apoderaba de la cabeza del puente de Buffalora sobre la orilla izquierda, y el cuerpo de ejército del mariscal Canrobert se adelantaba sobre la orilla derecha para pasar el Tesino en el mismo sitio.

«La ejecucion de este plan de operaciones sufrió contrariedades por algunos de esos incidentes con que debe contarse en la guerra. El ejército del rey se retrasó algo en el paso del rio, y una sola de sus divisiones pudo seguir bastante de lejos al cuerpo del general Mac-Mahon.

«La marcha de la division Espinasse sufrió tambien retardo, y por otro lado, cuando el cuerpo del mariscal Canrobert salió de Novara para unirse al emperador que se había dirigido personalmente á la cabeza del puente Buffalora, encontró el camino de tal modo interceptado, que no pudo llegar sino muy tarde al Tesino.

«Tal era la situación de las cosas, y el emperador esperaba, no sin ansiedad, la señal de la llegada del cuerpo del general Mac-Mahon á Buffalora, cuando á eso de las dos oyó por aquel lado un vivo fuego de fusilería. El general acababa de llegar.

«Este era el momento de sostenerle marchando hácia Magenta. El emperador envió al punto la brigada Wimpfren contra las posiciones formidables ocupadas por los austriacos delante del puente, y la brigada Clerc siguió este movimiento. Las alturas que bordean á Naviglie, gran canal, y el pueblo de Buffalora, fueron ocupadas muy pronto, gracias al impetu irresistible de nuestros soldados; pero entonces estos se encontraron en frente de las masas considerables de tropas que no pudieron repeler y que detuvieron su marcha.

«Entre tanto el cuerpo de ejército de Canrobert no se presentaba, y por otro lado el fuego de fusilería y artillería, que había dado á conocer la llegada del general Mac-Mahon, había cesado completamente. La columna del general había sido echazada, y la division de los granaderos de la Guardia tenía que sostener ella sola todo el impetu del enemigo.

«Este es el momento de explicar la maniobra que los austriacos habían hecho.

«Así que supieron en la noche del 2 que el ejército francés había sorprendido el paso del Tesino en Túrbigo, había hecho repasar precipitadamente este rio por Vignano á tres de sus cuerpos de ejército que quemaron los puentes detrás de sí.

«El 4 por la mañana se hallaban delante del emperador en número de 125,000 hombres, y contra estas fuerzas tan desproporcionadas era contra las que la division de los granaderos de la Guardia, con la que estaba el emperador, tenía que luchar sola. En esta crítica situación el general Regnault de San Jean d'Angely dió pruebas de su gran energía, así como los generales que se hallaban á sus órdenes.

«Al general de division Mellinet le mataron dos caballos; el general Clerc cayó mortalmente herido; el general Wimpfren fué herido en la cabeza; los comandantes Desmé y Mandhuy, de

los granaderos de la Guardia, fueron muertos; los zuavos perdieron 200 hombres y los granaderos sufrieron pérdidas no menos considerables.

«En fin, después de cuatro largas horas de espera, durante las cuales la division Mellinet sostuvo sin retroceder los ataques del enemigo, la brigada Regnault, con el mariscal Canrobert á su cabeza, llegó al sitio del combate.

«Poco después se presentó la division Vinoy, del cuerpo del general Niel, que el emperador había hecho llamar; y por último, las divisiones Regnault y Trochu, del cuerpo del general Canrobert. Al mismo tiempo la artillería del general Mac-Mahon se hacía oír de nuevo en lontananza. El cuerpo del general, retrasado en su marcha y menos numeroso de lo que debiera haber sido, se había adelantado en dos columnas sobre Magenta y Buffalora.

«Habiendo querido el enemigo dirigirse por entre estas dos columnas para cortarlas, el general Mac-Mahon había unido la derecha á la izquierda hácia Magenta, y esto explica por qué el fuego había cesado desde el principio de la accion por el lado de Buffalora. En efecto, los austriacos, viéndose atacados por su frente y por su izquierda, habían evacuado el pueblo de Buffalora, y dirigido la mayor parte de sus fuerzas contra el general Mac-Mahon delante de Magenta. El 45 regimiento de línea se lanzó intrépidamente al ataque del caserío de Caicina-Nuova, que está delante del pueblo, y que se hallaba defendido por dos regimientos húngaros. Mil quinientos hombres del enemigo rindieron allí sus armas, y la bandera fué cogida sobre el cadáver de su coronel.

«Entretanto la division Motterouge se encontraba acosada por fuerzas considerables que amenazaban separarla de la division Espinasse. El general Mac-Mahon había dispuesto en segunda línea los trece batallones de cazadores de la Guardia, bajo el mando del valiente general Camous, que colocándose en primera línea, rechazó en el centro los esfuerzos del enemigo, lo que permitió á las divisiones Motterouge y Espinasse el volver á tomar vigorosamente la ofensiva.

«En este momento de ataque general, el general Anger, que mandaba la artillería del segundo cuerpo, hizo poner en batería sobre la calzada del camino de hierro cuarenta cañones, que tomando por blanco á los austriacos, les hicieron desfilar en gran desorden, produciendo una espantosa carnicería.

«En Magenta el combate fué horrible. El enemigo defendió el pueblo con encarnizamiento. Se comprendía por una y otra parte, que esta era la llave de la posición. Nuestras tropas se apoderaron de él casa por casa, haciendo experimentar á los austriacos pérdidas enormes.

«Mas de 10 000 de estos quedaron allí fuera de combate; el general Mac-Mahon les cogió sobre 5.000 prisioneros, entre los que se cuenta un regimiento entero, el segundo de cazadores de á pie, mandado por el coronel Hauser.

«Pero el cuerpo de ejército del general tuvo tambien mucho que sufrir; 1,500 hombres fueron muertos ó heridos en el ataque del pueblo. El general Espinasse y su ayudante de órdenes, teniente Moidefond, quedaron muertos en el campo. Lo mismo que este, á la cabeza de sus tropas, cayeron mortalmente heridos los coroneles Drouhot, del 65 de línea, y Chabriere, del segundo regimiento extranjero.

«Por otro lado, las divisiones Vignoy y Regnault hacian prodigios de valor bajo las órdenes del mariscal Canrobert y del general Niel. La division Vignoy, que salió de Novara por la mañana, apenas llegó á Irecate, donde debía vivaquear, fué llamada por el emperador. Marchó á toda prisa hasta el puente de Magenta, arrojando al enemigo de las posiciones que ocupaba, y cogiéndole mas de mil prisioneros; pero encontrando las fuerzas superiores, tuvo que sufrir grandes pérdidas.

Once de sus oficiales fueron muertos y 50 heridos, y 650 soldados, cabos y sargentos fueron puestos fuera de combate. El 75 de línea experimentó sobre todo grandes bajas. El comandante Delor, de este regimiento, se dejó matar heroica-

mente al frente de su batallón, y los demás jefes superiores fueron heridos. El general Martimprey fué alcanzado por una bala conduciendo su brigada.

»Las tropas del mariscal Canrobert tuvieron también pérdidas respetables.

»El coronel Senneville segundo jefe de estado mayor, fué muerto al lado de aquel; el coronel Cherlier, del 90, fué mortalmente herido de cinco balazos, y muchos oficiales de la división Regnault quedaron fuera de combate, mientras la toma del pueblo del puente de Magenta, que fué perdido y ganado siete veces consecutivas. En fin, a las ocho y media de la noche, el ejército francés quedaba dueño del campo de batalla, y el enemigo se retiraba, dejando en nuestro poder cuatro cañones, de los que uno había sido cogido por los granaderos de la Guardia, dos banderas y 7,000 prisioneros.

»Puede calcularse en 20,000 el número de austriacos que han quedado fuera de combate. Se han encontrado en el campo de batalla 12,000 fusiles y 30,000 sacos.

»Los cuerpos austriacos que han combatido contra nosotros son los de Bellauwe-Gallas, Zobel, Schwartzemberg, Sichtenstem y el del feld-mariscal Giulay, comandante en jefe.»

De modo que cinco días después de la salida de Alejandria, el ejército aliado ha dado tres combates, ganado una batalla, desalojado el Piamonte de austriacos, y abierto las puertas de Milan. Desde el combate de Montebello, el ejército austriaco ha perdido 25,000 hombres muertos ó heridos, 10,000 prisioneros y 17 cañones.

El ejército francés consagró el día 5 al reposo y a la reorganización tan necesaria a muchas divisiones; esperaba además lo que haría el enemigo, que se suponía quería intentar otra batalla, y que, por su posición a la derecha de los aliados, no permitía a éstos marchar sobre Milan sin obligarle a retirarse. El cuerpo de mariscal Baraguey d'Hilliers se dirigió sin embargo hacia Binascó y Milan, donde amenaaba el flanco derecho de los austriacos; y el 7, a consecuencia de haber abandonado estos últimos la capital de la Lombardia, el mariscal MacMahon entró en esta ciudad con una parte de su cuerpo de ejército, a donde le siguieron el 8 los dos soberanos con la guardia imperial y una división sarda. Aquel mismo día el mariscal Baraguey d'Hilliers atacaba el cuerpo del general Benedect, atrincherado en Melegnano ó Marignan, y se apoderaba de esta ciudad después de una viva resistencia. En nuestro próximo número insertaremos el parte detallado de este nuevo hecho de armas.

Melegnano está a mitad de camino de Milan a Lodi. Allí fué donde Francisco I ganó a los suizos la célebre batalla de Marignan.

M. GARCÍA GONZALEZ.

EL GENERAL BEURET.

El general de infantería Beuret (Jorge), muerto gloriosamente el 20 de mayo en Montebello, y cuyo retrato damos en este número, nació en el Alto Rin en 1803.

Entró en la escuela militar de Saint-Cyr en 1821, y salió en 1823 como subteniente en el 21 de línea con el que hizo las guerras de España y de Morea.

Teniente en 1830, y ayudante mayor en 1833, fué nombrado Caballero de la Legión de honor en 1834, y en 1836 promovido al grado de capitán ayudante mayor.

Jefe de batallón en el 13 de línea en 1844, tomó parte como tal en la expedición de Roma (1849), de cuyas resultas fué nombrado teniente coronel del 60 de línea.

En 1852 la campaña de Kabylie y la parte que en ella tomó, le valieron el grado de coronel del 39 de línea.

En 1854, partió para el ejército de Oriente, donde se distinguió entre los más bravos; su brillante valor dióse a conocer sobre todo en la ba-

talla de Alma, donde permaneció solo a caballo en las filas de su regimiento, según orden dada por el mariscal Saint-Arnaud a los cuerpos más comprometidos, a fin de evitar en un momento de inacción los mortíferos efectos de la metralla rusa.

Fué herido en un hombro de resultas del casco de una bomba en el sitio de Sebastopol a fines del mismo año, y el 10 de enero siguiente nombrado general de brigada. El 27 del mismo mes fué promovido a oficial de la Legión de honor.

Mandó sucesivamente la primera brigada de la 6.ª división, después la primera brigada de la 3.ª división del primer cuerpo en febrero, y recibió una nueva herida el 4 de mayo de 1855 en el ataque principal delante de Sebastopol. Una orden general del ejército cita su nombre entre los de los oficiales que más se hicieron notar en el combate de la noche del 22 al 23 de mayo.

De regreso a Francia, el general Beuret recibió en octubre de 1856 el mando de una brigada del ejército de Oriente, y desde allí fué llamado a tomar bajo sus órdenes la primera brigada de la 1.ª división del primer cuerpo del ejército de Italia, y partió para ir a sostener bravamente el primer choque de los austriacos, y pagar con su vida el honor de combatir y vencer a la vanguardia.

Era caballero de 2.ª clase de la orden de Pio IX, condecorado con la de la 1.ª clase de la orden del Medgidí, y caballero-oficial de la orden del Baño, que recibió el 26 de abril de 1856.

Esta pérdida ha sido sentida vivamente por el ejército, y Francia se ha asociado a ella.

ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

Bajo este epigrafe insertaremos en todos los números algunas anécdotas relativas a la campaña de Italia, que contribuirán, — estamos seguros de ello, — a amenizar esta sección de nuestro periódico. En ella daremos cuenta a nuestros lectores de las anécdotas, dichos agudos y hechos heroicos, tanto de los soldados italianos y franceses, como de los austriacos. Hoy empezamos por las siguientes:

En el paso del monte Cenis, el frío, la nieve y la lluvia, privaron del uso de la palabra a los soldados del ejército francés. De pronto, uno de ellos del 55 de línea, exclamó:

« Si Dios hubiese llevado un saco a la espalda cuando creó la tierra, no hubiese hecho las montañas tan altas. »

Al oír esto, todo el mundo se echó a reír. En efecto, los pobres soldados iban cargados con todos los útiles de campaña, de cuatro días de viveres y de 90 cartuchos.

En las inmediaciones de la estación de Lyon, algunos momentos antes de la partida de un regimiento de la guardia, un zuavo, adornado con tres galones, y un obrero ya anciano, bebían en una taberna el vaso de despedida. Ambos estaban como movidos ligeramente, y se prodigaban las muestras de amistad más expansivas.

Cuando los vasos estuvieron desocupados, dijo el obrero:

— Vamos, es preciso separarnos. Vas a partir, y yo vivo lejos de aquí, y tengo que volverme solo.

— ¡Bah! ¿quién te obliga a ello? respondió el zuavo; espérame aquí, pide otra copa, — mientras yo sacudo el polvo a los austriacos, — y vuelvo por tí.

En el paso de la columna en Saint-Laurent-du-Var, muchas jóvenes arrojaban desde sus ventanas ramos de flores a los oficiales del estado mayor.

— Gracias, gracias, señoritas, respondió un capitán; gracias por vuestras flores, a nuestro regreso os traeremos laureles.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Consideraciones sobre el estudio de las ciencias aplicadas. — Estudio de la fotografía: últimas observaciones de Mr. Niepce de Saint-Simon sobre la reproducción de las imágenes fotográficas. — Caso notabilísimo de envenenamiento por las sustancias empleadas para el estampado de los tejidos.

Fuera tarea superior a nuestras fuerzas pretender describir el maravilloso desenvolvimiento de las ciencias aplicadas, que con sus progresos sucesivos y sorprendentes conducen al hombre a la conquista del mundo: es de todo punto imposible, por grande que sea la voluntad, estender un cuadro sucesivo de los problemas que se resuelven diariamente y que demuestran el esfuerzo perpetuo del hombre para buscar explicación a numerosos enigmas, de los cuales Dios le concede la solución como justa recompensa de su trabajo é incesantes vigiliias, y cuyas soluciones constituyen el progreso continuo de la ciencia en todas sus esferas, y por lo mismo, de la civilización en sus múltiples manifestaciones. Convencidos de esta verdad, al redactar las *Lecturas* que dedicamos en este periódico, bajo una forma completamente elemental y desnuda de toda pretension, al estudio de las ciencias aplicadas, no guardamos orden ni sistema fijo, porque al mismo tiempo que nos ocupamos de los problemas que se contraen al estudio de las fuerzas invisibles que ofrece la naturaleza al hombre, y de las cuales hoy, sin dominarlas por completo, tan gran partido ha recabado; tampoco ponemos en olvido el indicar las bases sobre las cuales reposan los grandes é interesantes problemas que se contraen a los hechos sorprendentes que registran las ciencias que se ocupan del firmamento, de las constituciones de los continentes y de los mares, de la región atmosférica, y de cuantas cuestiones dinámicas guardan armonía con los descubrimientos, invenciones y perfeccionamientos que se repiten, multiplican y enlazan, sin interrupción alguna, en el sucesivo trascurso del tiempo. No de otra suerte nos es dado describir de una manera vulgar, si así podemos espresarnos, refiriéndonos a hechos tan interesantes, el movimiento que notamos en torno nuestro; y aunque faltos de rigor técnico, de método riguroso y de clasificaciones doctas, nuestros escritos procurarán satisfacer la curiosidad que todos sienten por conocer, siquiera sea de una manera imperfecta, los fenómenos de mayor interés a que se contraen las ciencias aplicadas.

No pretendemos hoy ocuparnos de la fotografía cuyos estudios nos ofrecerán ancho y dilatado espacio para indicar los medios maravillosos, por medio de los cuales se ha conseguido que la luz del sol, dócil a nuestros deseos, reproduzca, con mágica velocidad y con rigurosa exactitud, imágenes de la naturaleza en sus variados panoramas y en sus manifestaciones más ocultas; pero en cambio no podemos pasar en silencio varias observaciones que ha presentado últimamente a la Academia de Ciencias de París Mr. Niepce de Saint-Victor, que tienden a explicar los medios que originan la producción de las imágenes en el papel sensible. A este propósito manifiesta aquel observador, que si sobre una placa de metal calentada por el contacto del agua hirviendo, se sitúa en un principio un grabado ó caracteres impresos con tinta grasa, y en seguida una hoja de papel impregnada de antemano de azotato de plata y después de cloruro de oro, se obtiene una imagen azul violada de los negros del grabado ó de las letras impresas. Si el papel se impregna únicamente de azotato de plata, los blancos del grabado son los que se reproducen en color oscuro ó de hollín. Con papel preparado con las sales de plata y de oro, y sobre la placa calentada por el agua hirviendo, se reproducen los caracteres impresos sobre aquellos a una distancia de algunos milímetros; pero deja de reproducirse la imagen si se interpone una lámina continua, por delgada que sea, de mica, de metal, y aún en el

caso en que solo sea una hoja de papel vegetal el cuerpo que se interponga. Los dibujos efectuados con tinta acuosa, con lapiz y con carbon vegetal, no se reproducen si se verifica su trazado sobre papel comun, pero en cambio se obtienen cuando se han practicado sobre papel vegetal.

De estas esperiencias y de otras muchas análogas, deduce Mr. Niepce, que la accion que da vida á la imagen termográfica, es, sin duda alguna, muy compleja: en ella desempeñan un gran papel las radiaciones caloríficas, concurriendo á su produccion tal vez los vapores materiales que emite el objeto calentado. Al menos, en ciertos casos, la accion del calor es preponderante, y al parecer es hecho demostrado que un calorico bastante intenso produce, en circunstancias determinadas, efectos análogos á los que vemos originar diariamente á la luz del sol, tales como la reduccion de las sales de oro y plata y la alteracion de los colores.

Los periódicos de Lyon publican un caso notabilísimo de envenenamiento que merece ser conocido y que comprueba de una manera elocuente la necesidad de propagar los conocimientos científicos. Al acostarse un sugeto en un cuarto reducido, en el cual se habian puesto cortinas de percal pintadas con flores de color verde, de cuyo género eran igualmente los pabellones que cubrian la cama, sintió, despues de cuatro horas de sueño, ardor intenso en el estómago y en la garganta, y vivos deseos de provocar, que interrumpieron el sueño del sugeto en cuestion. Despues de tomar bebidas atemperantes, y sin saberse explicar la causa de su malestar, volvió á recuperar el sueño. Al cabo de una hora tuvo que abandonar nuevamente el lecho, y por los sintomas de que se veia acometido, comprendió el sugeto de que tratamos, que se encontraba envenenado por las sustancias cobrizas empleadas para estampar las flores verdes que formaban los dibujos de las cortinas del cuarto y de la cama en que dormia. Tomó los antidotos que la ciencia prescribe, y al analizar el percal, el arsénico se obtuvo de las cenizas del mismo.

Creemos inútil efectuar comentario alguno respecto al hecho que acabamos de consignar: él por si solo es mas elocuente y significativo, que las apreciaciones que sobre el mismo pudiéramos escribir.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Despues de la batalla de Malegnano, ganada á los austriacos, por el general Baraguay d'Hilliers, no ha vuelto á empeñarse accion alguna de importancia entre los ejércitos aliados y los del emperador Francisco José. Las tropas austriacas, hoy al mando del mariscal baron de Hess, despues de haber abandonado la Lombardia, el territorio de los Ducados, el de los Estados pontificios, y algunas importantes fortalezas, se han reconcentrado en la parte de país conocida con el nombre de Cuadrilátero, por ser esta aproximadamente la figura que determina la respectiva posicion de las grandes fortalezas de Mantua, Verona, Peschiera y Legnano. Atendida la retirada en masa que acaba de verificar el ejército austriaco, y atendiendo asimismo á los inmensos preparativos de todo género que en esta nueva fase de guerra habrán de hacer los aliados, compréndese perfectamente el silencio del telégrafo estos dias; silencio que, como es natural, produce gran impaciencia en todos aquellos que, ya en un sentido, ya en otro, siguen las variadas escenas del inmenso drama de la guerra de Italia.

Es de creer que mientras el ejército francosardo no reciba el suficiente material de sitio para atacar en regla alguna de las espresadas plazas, no recibiremos noticia de hechos de armas de alguna trascendencia. Ocupémonos, pues, de otros sucesos.

Los dos mas notables de los ocurridos estos

dias fuera del teatro de la guerra y del suelo italiano, son indudablemente el cambio ministerial de Inglaterra, á consecuencia del cual, el partido liberal ha reemplazado en el poder al conservador, y la circular pasada por el principe de Gortschakoff, ministro de Negocios extranjeros de Rusia, á todos los representantes de esta potencia, cerca de las cortes de Alemania. El objeto de este documento es poner de manifiesto la conducta que en las críticas circunstancias actuales se propone seguir el emperador Alejandro II, y refrenar la efervescencia que en favor del Austria cunde en algunos Estados alemanes.

La Prusia ha creido, al fin, indispensable proceder á la movilizacion de seis cuerpos de su ejército. Esta medida, que al pronto produjo cierta alarma, no tiene, si hemos de dar crédito á las esplicaciones de la prensa de Berlin, el carácter hostil á las potencias aliadas contra el Austria, que desde luego se le atribuyó. Parece, en efecto, que dicha medida ha sido dictada á consecuencia de la actitud de la Rusia.

En las elecciones á que acaba de procederse en Bélgica, el resultado de las de Bruselas ha sido altamente favorable al gobierno.

El gobierno napolitano ha concedido una amnistia política, y además ha disminuido la duracion de las penas impuestas por delitos comunes. La situacion del nuevo gobierno de las Dos-Sicilias, solicitado, como actualmente lo está, por encontradas tendencias en lo interior, y por las opuestas influencias del Austria y del nuevo gabinete británico, es una situacion no exenta de dificultades y graves complicaciones.

Mucho ha llamado la atencion pública en París la súbita marcha á Verona, donde se halla el emperador de Austria, del ministro de Negocios extranjeros de este país. Muchos y muy variados comentarios se han hecho en la capital del vecino imperio acerca de este hecho, en el que algunos han visto la accion conciliadora de la Prusia, ó el resultado de gestiones practicadas por las potencias neutrales en sentido favorable á la paz. Pero prescindamos de tales comentarios y prosigamos nuestra crónica.

En las legaciones pontificias se ha hecho sentir, como era de suponer, el movimiento que en estos momentos agita á toda la Italia. En Perusa, el pueblo, declarándose independiente de la potestad temporal del papa, se pronunció en el mismo sentido que las restantes poblaciones, donde hasta el dia se ha hecho sentir la accion de la guerra; esto es, en el sentido del reconocimiento de la soberanía de Victor Manuel. Parece, sin embargo, que habiendo anclado 2,000 suizos, enviados por el gobierno romano sobre dicho punto, este volvió á quedar sometido á sus primeras autoridades, despues de una tenaz resistencia, que ocasionó algunas desgracias. La situacion de la Italia Central empieza á presentar sintomas alarmantes. Y si es cierto, como lo anuncia un despacho de Turin, fechado el 23 del corriente por la tarde, y publicado por la *Correspondencia* del jueves, que los aliados aceptan el concurso de las legaciones para la lucha, es indudable que dicho país será en breve teatro de grandes acontecimientos.

La corte de Viena ha enviado á Lóndres al principe Pablo Estherazy, con la mision, á lo que parece, de hacer entender al gobierno de la reina Victoria, que el emperador se niega á entrar en negociaciones de paz, si estas tienen por base la cesion, por parte del Austria, del territorio Lombardo-Veneciano.

Tambien en Venecia han estallado estos dias turbulencias que revelan el estado de efervescencia en que se encuentran los ánimos en toda Italia. La guarnicion austriaca hizo uso de las armas y la tranquilidad material quedó restablecida. Las ciudades que últimamente se han declarado en sentido favorable á la independencia italiana, segun un parte del 22 que tenemos á la vista, son Fano, Urbino, Fosombrone, Jesi y Ancona.

A la fecha del 22 el ejército piemontés estaba delante de Brescia, en Rezzato y Castevedolo, al paso que el francés ocupaba el primero de dichos puntos y sus inmediaciones, comunicándose con

las tropas de Victor Manuel. Las avanzadas del ejército austriaco recibian grandes refuerzos de caballeria. Segun se anuncia, la primera de las plazas del cuadrilátero que los aliados atacarán, es Peschiera. En la guerra de Italia de 1848, esta plaza fué objeto de terribles choques entre los austriacos y los piemonteses, quienes se apoderaron de ella. Peschiera, no obstante, ha sido considerablemente fortificada por el ejército austriaco desde entonces.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

En la *Gaceta* del dia 12 de junio se ha insertado el acta de juramento á S. M. la reina y á la Constitucion, del infante D. Sebastian de Borbon, que habia seguido la causa carlista, y por esto se hallaba emigrado en Nápoles.

—De real orden se ha mandado á los ingenieros que en la actualidad se hallan encargados de la clasificacion de los montes, que entren cada uno en la provincia respectiva en el desempeño de las atribuciones y deberes que los artículos 2.º y 4.º del real decreto sobre creacion de las secciones de Fomento les señala.

—Los oficiales de las secciones de Fomento en las provincias, se establecerán en la siguiente forma:

Cinco en la provincia de Madrid;

Cuatro en cada una de las de Barcelona, Granada, Córdoba, Murcia, Almería, Guadalajara, Jaén, Oviedo y Santander;

Tres en cada una de las de Cádiz, Toledo, Avila, Ciudad-Real, Cuenca, Huelva, Huesca, Segovia y Teruel;

Y dos en cada una de las de la Coruña, Málaga, Sevilla, Valencia, Alicante, Valladolid, Zaragoza, Albacete, Badajoz, Baleares, Búrgos, Canarias, Cáceres, Castellón, Gerona, León, Lérida, Logroño, Lugo, Orense, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Soria, Tarragona y Zamora.

—La *Gaceta* del dia 15 publica el real decreto relativo á las disposiciones convenientes para facilitar el ingreso de la carrera de farmacia en la Universidad de la Habana.

—Por real decreto del 12 del corriente se ha autorizado al ministro de Marina para contratar urgentemente la adquisicion de 2,000 carabinas rayadas, armadas con sable-bayoneta.

—Hé aquí la sentencia pronunciada por el Senado constituido en tribunal el dia 12 de junio:

El tribunal declara inculpables de los delitos de que han sido acusados, á D. Agustin Estéban Collantes, D. Juan Bautista Beratarrechea y don Ildelfonso Mariano Luque, y culpable de los delitos de fraude, estafa y falsedad en la forma propuesta en el escrito de acusacion, á D. José María de Mora. A este le condena en veinte años de cadena con interdiccion civil durante la condena, é inhabilitacion absoluta perpétua para cargos ó derechos políticos, y sujecion á la vigilancia de la autoridad durante aquel mismo tiempo, y otro tanto mas, que empezará á contarse desde el cumplimiento de dicha condena; en la multa de 1,000 duros; á resarcir al Tesoro la cantidad de 975,000 rs., importe del libramiento de 27 de mayo de 1854, espedido por la Ordenacion general de pagos del ministerio de Fomento, y satisfecho por el mismo Tesoro, con mas los 13,000 reales de intereses de dicha cantidad, igualmente cobrados; al resarcimiento de los demás daños y perjuicios que sufra la Hacienda pública hasta su completo reintegro, liquidados con arreglo á derecho y en todas las costas y gastos del juicio; todo sin perjuicio de oírsele si se presentara ó fuese aprehendido.

Tratándose de declarar si respecto del Sr. Collantes habia habido estafa, 44 dijeron que sí y 43 que no.

Puesto á votacion si habia habido fraude, 47 estuvieron por la afirmativa y 40 por la negativa.

Porque no ha habido falsedad han estado contra 45.

Todas las votaciones se han hecho por bolas.

—En las ferias de ganado caballar y mular, celebradas últimamente en Oviedo, se han llevado á cabo un buen número de transacciones.

—El 6 y el 7 del actual se han hecho en Cádiz cuatro grandes aprehensiones de tabaco de contrabando.

—Desde el día 15 del corriente mes quedan abiertas las estaciones de telégrafo de Miranda de Ebro, Vinaroz y Naval Moral, para la correspondencia privada del interior del reino, y desde el 20 para la correspondencia internacional.

—La recaudación de las rentas estancadas del mes de mayo último ha sobrepasado en un millón trescientos noventa mil reales á la de igual mes del año anterior, correspondiendo de este aumento 454,000 rs. á la renta de tabacos.

—Por el ayuntamiento de esta corte se ha elevado al ministerio de la Gobernación una memoria proponiendo la construcción de una cárcel, que á las condiciones de seguridad, ofrezca las de salubridad, decencia y comodidad de los presos.

—El día 16 la diligencia del Escorial que entraba en Madrid, volcó al pasar el puente de madera que se ha construido en la calle del Arenal, y por debajo del cual se construye una de las galerías para la distribución de las aguas del Lozoya. Los viajeros no sufrieron milagrosamente lesión alguna.

—Va á establecerse un hilo eléctrico entre Cádiz y Sevilla y también entre Cádiz y san Roque.

—En Madrid el suceso del día es la ejecución de Manuela Bernaola y de Ignacio Cabezado, asesinos del prestamista de la calle del Duque de Alba. A las dos de la tarde llegó Manuela al pie del suplicio, alrededor del cual habia unas 60,000 personas. Al subir la escalera tropezó y fué ayudada para subir por los hermanos de la Paz y Caridad. Cinco minutos despues habia cesado de existir.

Manuela no era una mujer bonita, pero sí simpática.

Al poco tiempo llegó su cómplice. Este iba bastante sereno y subió al patíbulo con paso firme. Poco despues habia pagado su culpa con la vida.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Todas las novedades que nos han dado los teatros de la corte durante la semana que acaba de pasar, se reducen al entremés lírico en un acto titulado *El Niño*, letra del Sr. Pina y música del conocido maestro D. Francisco Asenjo Barbieri. El éxito que ha alcanzado este juguete ha sido en extremo lisonjero para sus respectivos autores. El libreto está escrito en versos fáciles y fluidos, y el diálogo abunda en chistes de buena ley. La música es lindísima, y digna del aplaudido y popular compositor que tan alto ha sabido colocar su nombre entre los maestros españoles. Citarémos entre otras piezas de música el duo cómico que concluye con un paso de redowa, bailado por la Zamacois y Caltañazor entre los numerosos aplausos del público. También fué muy aplaudida, por lo escéntrica y extravagante, la escena en que Caltañazor aparece metido en una cuna, y los muchos chistes de que está salpicada. Damos la enhorabuena al inteligente empresario del coliseo de Jovellanos, Sr. Salas, por la constante actividad que continúa desplegando para agradar al numeroso y escogido público que con tanta justicia premia sus esfuerzos.

El coliseo del Príncipe ha concluido ya su temporada teatral.

El Circo solo nos ha dado repeticiones del teatro antiguo, entre ellas la excelente comedia de Rojas, *García del Castañar*, que fué desempeñada admirablemente por la Matilde y Romea.

También se ha inaugurado últimamente en la calle de Recoletos, paseo del mismo nombre, muy próximo al palacio del Sr. Salamanca, el circo ecuestre de Mr. Price: el local es magní-

fico, anchuroso y perfectamente dispuesto, y por sus grandes proporciones puede competir con los de París y Londres: las localidades son cómodas; hay palcos y sillas, y una inmensa gradería donde caben multitud de personas con todo espacio y holgura; hay también un magnífico paseo para los concurrentes. Celebramos que mister Price, con una celeridad poco común, haya proporcionado al público de la corte un espectáculo donde pasará cómodamente las noches de verano, y desde ahora le auguramos el mejor éxito, vista la buena acogida que ha dispensado á su inauguración. Bien es verdad que el cuadro de artistas que componen la compañía ecuestre es inmejorable, tanto por la parte del bello sexo, como por sus excelentes gimnastas. Los hermanos Mariani, y sobre todo Mr. Franck Pastor (de los Estados Unidos) son verdaderamente notables por la agilidad y maestría con que ejecutan las suertes más difíciles. El numeroso y escogido público que á este nuevo espectáculo asiste, los aplaude todas las noches, y hace salir repetidas veces á casi todos los artistas.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Rodrigo el Campeador: estudio histórico, fundado en las noticias, que sobre este hecho facilitan las crónicas y memorias árabes, por D. Manuel MALO DE MOLINA, abogado de los tribunales del reino. Un tomo, 8.º mayor. Madrid, 1857.

El Sr. Malo de Molina, catedrático de idioma árabe en nuestro Ateneo, se ha propuesto, en el presente trabajo, comprobar con racionales y documentos históricos, la realidad de la existencia del Cid, negada por críticos tan competentes como el erudito Masdeu. La primera parte, despues de una prolija introducción en forma de discurso preliminar, ofrece una extensa biografía del héroe castellano, adornada de frecuentes citas de autores árabes, pasajes todos, que tienden á confirmar la idea del autor. Este estudio, escrito en lenguaje castizo, abunda en erudición, y es un trabajo oportuno, tratándose de la dilucidación de un punto tan capital en nuestra historia y tan glorioso en los fastos de nuestra literatura nacional y popular. Sabemos que el que pasa por ser el primer poema, ó más antiguo monumento de nuestra lengua poética, es el titulado *Poema del Cid*; pues bien, una segunda parte de la obra del Sr. Molina abraza, bajo el título de *Apéndices*, varias piezas referentes entre otras á la vida y poema de aquel héroe. En estos apéndices se encuentran: 1.º un extracto de la obra de Dozy: *Investigaciones sobre la historia política y literaria de España en la edad media*; 2.º una genealogía del Cid sacada de varios códices manuscritos, en tiempo de San Fernando; 3.º una carta latina dirigida por el Cid á una hermana suya, y la misma traducida al castellano; 4.º juramentos, que, con motivo del sitio del castillo de Aledo, envió el Cid á D. Alfonso en protesta de su inocencia; 5.º cartas entre el Cid y Berenguer Ramon II; 6.º extracto de la *Crónica rimada de las cosas de España*.... aventuras del Cid, etc.; 7.º, 8.º, 9.º, 10.º, 11.º, 12.º, 13.º, 14.º, 15.º, 16.º y 17.º, romances varios alusivos á la historia política del Cid, entresacados de varias colecciones y romances; 18.º extracto del poema del Cid en la parte pertinente; 19.º *Historia Roderici Didaci Campidocti ante hac inedita, et novissime in antiquo Codice Bibliothecae Regii Conventus Sancti Isidori Legionensis reperta*; 20.º una serie de textos árabes relativos al Cid, acompañados de la traducción castellana y notas críticas; 21.º otro monumento árabe de autor incierto con versión; 22.º un canto árabe popular, con observaciones críticas acerca de la influencia de la poesía árabe en la popular nuestra; y 23.º un espécimen acerca de la situación y constitución de la ciudad de Valencia en la edad media y comparada con su estado presente.

Celebramos, como lo aconseja el honor nacional, que la crítica empiece á rescatar á nuestras letras de la fama de descastadas ó perezosas, con que muchos extranjeros las han motejado, y así esperamos que trabajos como el presente sean secundados por cuantos, constituidos en circunstancias competentes, puedan exhibir nuevos datos, fundar nuevas verdades en el terreno árido pero transcendental de nuestra historia y literatura patrias.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Histoire des italiens, par Mr. César CANTU, traduite sur les yeux de l'auteur, par M. Armand Lacombe.—Tome I.—Paris, librairie de Firmin Didot, 1859.

En las actuales circunstancias en que la guerra de Italia llama la atención del mundo, no podrá menos de ser leída con interés la historia de los italianos, escrita por un autor como César Cantu, que al favor que obtiene del público, reúne la circunstancia de ser bien conocedor de los antecedentes del pueblo itálico. En el tomo primero de la *Historia de los italianos*, que tenemos á la vista, el autor se ocupa de los nombres y confines de Italia, de las islas, de las alteraciones geológicas, de las tradiciones míticas, de los italianos primitivos, de los iberos, ligures, celtas, pelagos, etruscos, sabinos, etc., etc., estudiando su religión, costumbres, artes y comercio.

Las instituciones primitivas, las conquistas, los orígenes de Roma, los ritos romanos, la espulsión de los reyes y sus hechos, el gobierno patricio, todo lo relativo á las tribus, curias, comicios, fórmulas, leyes, política exterior, es objeto interesante de los primeros capítulos. Mas adelante se ocupa el autor de la Grecia, de la Sicilia y de Cartago, pasando revista á todas sus instituciones, á todos sus grandes hombres y á todos los acontecimientos memorables. La constitución de Roma republicana, la condición económica, los asuntos relativos á los esclavos y á las guerras civiles, los de la guerra de Jugurta, y las exacciones de los gobernadores en Asia, ofrecen abundantes datos que son episodios, más ó menos conocidos, mas ó menos dramáticos, dan á conocer la vida de aquel pueblo que llegó á verse dueño del mundo. Enriquecen, en fin, el volumen primero varios apéndices sobre la lengua y dialectos itálicos, los orígenes del latín, la decadencia de la lengua latina, las diferencias gramaticales, vestigios del italiano, documentos sardos, dialecto valaco, primeras poesías italianas, crónicas, etc., etc.

J.

Dictionnaire des antiquités romaines et grecques accompagné de 2,000 gravures d'après l'antique, par Anthony RICH, traduit de l'anglais sous la direction de Mr. Cheruel.—Paris, librairie de Firmin Didot, 1859.

He aquí una obra utilísima, no solo para los historiadores y los anticuarios, sino también para los artistas, sobre todo para los escultores y pintores, que se ven precisados á reproducir en sus trabajos los artefactos, los trajes, los usos y costumbres de los pueblos romano y griego, que á tan alto grado de esplendor llevaron su civilización, acaso más rica que la nuestra bajo el punto de vista de las bellas artes. Hasta ahora se tenían solo las descripciones de las antigüedades, de los enseres, artefactos, etc., ó veíamos estos objetos en los monumentos antiguos sin podernos explicar muchas veces su nombre ó su verdadero uso. El *Diccionario de las antigüedades romanas y griegas* termina para siempre este inconveniente, pues al lado de cada objeto, representado por lindos grabados, junto á cada vaso, lámpara, sarcófago, triclinio, cítara, corona, etc., leemos su nombre, su descripción y lugar de consulta, lo mismo en los monumentos de que ha



COMBATE DE PALESTRO.

sido copiado, que en los libros de los escritores romanos ó griegos en que á ellos se hace referencia. La obra recientemente publicada por los Sres. Didot, nos demuestra con toda claridad el interior de las habitaciones griegas y romanas, nos introduce en los baños y en las alcobas, nos da á conocer la manera de vestirse, calzarse, etc., los usos religiosos y civiles, y en fin, todo cuanto servia al arte y á la industria de aquellos pueblos. Forma un volumen de mas de 730 páginas de hermosa y clara impresion.

J.

Manuel pratique de jardinage, contenant la manière de cultiver soi-même un jardin ou d'en diriger la culture, par COURTOIS-GÉRARD.—Paris, librairie de Lacroix et Baudry.

No se crea que la jardinería y la horticultura sean artes que se estacionen. Muy al contrario, á medida que pasan años, se adquieren nuevas prácticas, se modifican las antiguas ó se presentan otras que ofrecen á los jardineros y cultivadores mejores resultados. El libro de Mr. Courtois-Gérard nos ofrece el calendario de los trabajos todos de jardinería, explica los instrumentos, las labores, la multiplicación de la plantas;

se ocupa de sus enfermedades, lo mismo que de los árboles y de las frutas; presenta los conocimientos necesarios para destruir los animales dañinos, y termina, en fin, con un vocabulario de las principales voces de jardinería, un cuadro alfabético y otro de figuras. La impresion clara, correcta y en e celente papel, son dobles atractivos del *Manual práctico de jardinería*, recientemente publicado por los editores Lacroix et Baudry.

JANER.

Histoire politique et littéraire de la presse en France, par Mr. Eugène HATIN; tome 1er. Un vol. in-12; Poulet-Malassis et de Broise.

Carecimos hasta el presente de una historia formal de la prensa periódica, y sin embargo, no hay asunto mas curioso é interesante. Mr. Hatin, que se ha dedicado ya á importantes trabajos acerca de la materia, trata hoy de colmar esta laguna. El autor, ciertamente, se ha colocado en el punto de vista exclusivamente histórico, y no ha querido perderse en consideraciones especulativas ó políticas: este método es cuando menos una garantía de imparcialidad. El primer volumen de la obra toma la imprenta en su infancia con Teofrasto Renaudot, y la sigue hasta el si-

glo xviii. Esta historia está precedida por una introduccion interesante acerca de los orígenes y precedentes del diario.

Le Hollande, par Maxime DU CAMP. Un vol. in-12; Poulet-Malassis et de Broise.

La Holanda, dice el autor en un pasaje, es el país mas curioso, encantador y lejano, que puede visitarse sin salir de la Europa. El viaje que hoy nos relata Mr. Du Camp, traduce con fidelidad semejante impresion. La investigacion y conocimiento de los objetos del arte es el motivo aparente de este paseo á través de los museos poblaciones de la Neerlandia; pero el principal atractivo de la obra descansa en la forma narrativa, que domina los juicios criticos y aventureros del viajero, para reducir las impresiones personales del autor á una á manera de narracion analítica y novelesca, que participa en iguales proporciones de los recuerdos y de los objetos presentes. Mr. Du Camp ha agregado como documentos á su obra los catálogos de los museos de Rotterdam, La Haya y Amsterdam.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
— editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 417.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 422.—*Origen é institucion del teatro en Roma*, pág. 424.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 426.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 427.—*Seccion científica*, pág. 429.—*Crónica extranjera*, pág. 430.—*Crónica española*, pág. 430.—*Revista de teatros*, pág. 431.—*Bibliografía española*, pág. 431.—*Bibliografía extranjera*, pág. 431.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID. 1859. — Imp. de C. Bailly-Bailliere.